LOS SOLTERONES,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

ACOMODADA Á NUESTRA ESCENA

POR

D. NARCISO DE LA ESCOSURA.

MADRID:
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.º
1868

LOS SOLTERONES,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

ACOMODADA Á NUESTRA ESCENA

POR

D. NARCISO DE LA ESCOSURA.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 28 de Enero de 1868.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1868.

PERSONAJES.	ACTORES.
LAURA, condesa del Álamo.	Doña Josefa Palma.
BLANCA, hermana del Conde	Elisa Boldun.
LUZ	Dolores Martinez.
LUISA	Javiera Espejo.
D. CÁRLOS DE TOLEDO.	D. Joaquin Arjona.
RICARDO	José Olona.
EL BARON DEL RIO	Florencio Romea.
EL CONDE DEL ÁLAMO	Manuel Pastrana.
MENDOZA	Francisco Oltra.
D. DIEGO	Francisco Bellmont.
POZO	Manuel Steso.
PEDRO, criado	F. Tamayo.
LORENZO, id	T. Garralon.
ANTONIO, id.	R. Menor.

La escena pasa: el primer acto en el campo: los demas en Madrid, en casa del Conde y en la de D. Cárlos.

ACTO PRIMERO.

Sala baja de una casa de campo; puertas en el foro que dan á un jardin. La escena se supone en Otoño. Puertas á la derecha; á la izquierda, en primer término, una ventana grande, cubierta exteriormente por una parra, cuyas ramas penetran en la habitacion. Delante de la ventana, un confidente, mesa con papeles, libros y estampas; enfrente, sofá y una mesita de labor con bordados, etc., sillas.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA, LUISA, á la izquierda recostada en el confidente, medio dormida, con un libro en la mano.

COND. (En el sofá en la misma postura y tambien con un libro en la mano.)
Luisa?...
LUISA. Querida?...
COND. Te duermes?
LUISA. Poco me falta. Y tú?
COND. Leo
aquí una novela inglesa.
LUISA. Y yo otra.
COND. Y me da sueño.
LUISA. Cómo se llama?
COND. No sé.

Con esta ya llevo creo
veinte, y no hallo diferencia.
Nunca encuentro nada nuevo!

LUISA. Son, sin embargo, morales,
tienen detalles muy bellos...

COND. Pero tan soso el conjunto!...
No hay pasion, no hay movimiento...
¡Imágen fiel de la vida!

LUISA. Vamos; te ha dado un acceso
de melancolia... (Incorporándose.)

COND. Puede. (Lo mismo.)

LUISA. Debe ser cosa del tiempo. (Se levanta.)
El Otoño, que á las almas
da el color amarillento
que á las hojas. ¡Ay! me cansa,
Condesa, te lo confieso,
la bella naturaleza!
Oh! Madrid!...

COND. Criada en pueblo
de provincia, y que hace un mes
rindió á la coyunda el cuello,
y por el Prado suspira!...

LUISA. Qué?... No tienes tú deseo
de verte allá?

COND. Yo?... Tal vez.

LUISA. Ay, lograrémos, al ménos,
que á cazar no vuelvan más
ésos señores y verlos
con más frecuencia. Confiesa
que dejarme así leyendo,
desde que en el campo estamos,
es incomprensible en Diego.
Irse á buscar á los bosques
fieras!... y eso al mes y medio
de casados!...

COND. (Se levanta.) Pues me obligas
á decirlo... te confieso,
que tu don Diego, contigo
está un poco... así... no acierto
á decirlo.

LUISA. Acaba...

COND. Tímido.

LUISA. Dí más bien, que está hecho un hielo!
Me mira apenas; me habla
rara vez, y con los dedos
toca en los cristales marcha,
y mudo contempla el cielo
extasiado, cuando llueve.
COND. Delante de gente... entiendo;
pero... á solas?...
LUISA. Oh! peor!
COND. Á solas?... Eso es mas serio.
LUISA. Y tanto!... Porque segun
noticias, mi esposo y dueño
no era, con mucho, *tan tímido*,
tan huraño de soltero.
Sé que, dado á los placeres,
derrochaba su dinero...
hasta con las bailarinas
andaba en mil trapicheos.
COND. Ah!
LUISA. Pues: tuvo su familia
que poner pronto remedio.
En fin, para contenerle
al matrimonio acudieron.
COND. Y tal vez le han contenido
demasiado?
LUISA. Me lo temo.
Ay! cuando yo le comparo
con el tuyo, que es tan bueno,
tan enamorado, tan...
COND. Quién no tiene algun defecto?...
LUISA. Tu marido?...
COND. Lo es, y grande;
insufrible, el no tenerlos.
Oh! tal superioridad
me humilla, te lo confieso.
Y ese es egoismo puro!
Ya llevamos año y medio
de casados, y el azul
no se ha empañado del cielo
ni un instante. Yo quisiera...
ver una nube... algun trueno...
LUISA. Le querrias caprichoso,

extravagante, colérico?...
COND. Ojalá! diera por verle
furioso un solo momento
cualquier cosa.
LUISA. Para qué?
COND. Para tener un pretexto...
para poder dar salida
á cierto ataque de nervios
que me ronda hace tres meses.
LUISA. (Vuelve hácia su asiento.)
Te quejas de que es tan bueno
tu marido?... de que solo
piensa en tí? no lo comprendo!
Ah! vas á ver que del mio
la frialdad no exagero...
obsérvale.
COND. Viene?
LUISA. Sí. (Se sienta.)
Haz como que estás durmiendo.
COND. Pero...
LUISA. Á dormir, aquí está.
(Vuelven las dos á la postura que tenian al empezar el acto.)

ESCENA II.

DICHAS, D. DIEGO, sale por el foro buscando su gaban.

DIEGO. Á dónde diablos he puesto
mi gaban?... Ah! dí con él!
(Lo ve en el respaldo del sofá en que está durmiendo su mujer, teniéndolo debajo del brazo.)
Pero la petaca?... Cielos!...
un recuerdo de Florina!
se me habrá caido al suelo?...
(Saca el gaban con sumo cuidado.—Luisa suspira y vuelve la cara hasta tocar casi la de su marido, que dueño del gaban, no la hace caso, lo registra, y vuelve á marcharse por el foro mirando al suelo.)

ESCENA III.

LUISA, la CONDESA, á poco LUZ.

LUISA. Ves cómo me trata?
COND. Pobre! (Se levanta.)
LUISA. Que lo hayas visto celebro.
Hay un marido peor?
LUZ. (Por la segunda puerta derecha, con un devocionario en la mano.)
Que el mio.—Luisa, no es eso?
LUISA. No.
LUZ. Creí...
COND. Dónde has andado?
LUISA. De dónde vienes?
LUZ. (Con emocion, enseñando el devocionario.)
Yo?... vengo
de la iglesia.
LUISA. Muy devota,
doña Luz, te vas volviendo!
LUZ. En llevando, como yo,
tres años de casamiento,
comprenderás, Luisa mia,
que hay que refugiarse al templo.
Dónde anda un librito?...
COND. Cuál?
LUZ. Aquí, si mal no me acuerdo,
lo dejé. Es una novela
francesa.
COND. (Sacándolo de debajo de un almohadon del sofá.)
Tuya, eh?... De miedo
de que Blanca la leyera
la escondí yo hace un momento.
Sabes que me ha parecido
animada con exceso?...
LUZ. Oh! sí... es muy apasionada,
llena de amor, de ardimiento!...
LUISA. Veamos...
LUZ. Oh! no es novela
que confiarte podemos...
Solo las casadas...

LUISA. Yo
lo soy.
LUZ. Hace poco.
LUISA. Entiendo.
(Así que lee un capítulo
se va arrepentida al templo.)
(Suena un tiro á lo lejos.)
Se acercan los cazadores,
y vendrá tambien con ellos
el vecino, á quien mejor
servicio le hubieran hecho
dejándole con nosotras.
Ese seria un perfecto
marido!...

ESCENA IV.

DICHAS, BLANCA, aparece en la ventana, apartando las ramas, sobre una escalerilla.

BLANCA. Hablais de Ricardo?
LUISA. Blanquita!...
COND. Miren qué bueno!
Escuchándonos estabas?
BLANCA. (Baja por el sofá á la escena.)
No estaba escuchando; pero
he oido que á un futuro
alababais, y aquí vengo.
COND. Aturdida! Y quién te ha dicho
que era Ricardo el sujeto
en cuestion?
BLANCA. Adivinarlo
no es prueba de gran talento.
Para que pueda casarse,
sin duda hablais de un soltero.
Aquí de ese estado, tres
tan solo contar podemos.
Primero, el Baron del Rio,
nuestro primo, viejo, feo,
ridículo...
COND. Basta, basta.
BLANCA. Que tose y...

COND. No sigas.
BLANCA. Bueno,
ya está juzgado. En seguida
al buen Mendoza tenemos,
que no es ni viejo ni jóven,
que no es bonito ni feo;
ni es tonto de capirote,
no tiene mucho talento:
es... él mismo... y nada más.
LUZ. Oh! qué juicio tan severo!
BLANCA. Pues supon que algun favor
cupiera hacer al boceto
que contra mí te subleva;
solo nos resta el tercero
á quien poder aplicar
lo de marido perfecto,
y es don Ricardo Floralba.
COND. Bah, bah, dejémonos de eso.
BLANCA. Por qué?
LUZ. Bravo! Ya al *«por qué?»*
de doña Blanca volvemos!
BLANCA. Pregunto para saber.
Salgo há poco del colegio.
COND. Hay cosas que tú no puedes
saber. Ya llegará tiempo...
BLANCA. Oh! mi venerable hermana!...
Es decir, que habeis resuelto
hablar delante de mí
como si fuera en efecto
siempre una niña? No haceis
eso con Luisa, y no entiendo
por qué es esa diferencia!...
LUISA. Yo soy casada...
BLANCA. En fin, vuelvo
á hablar de Ricardo.
COND. Dale!
BLANCA. Y por qué he de hacer misterio
de cosa tan natural?
Hace seis meses lo ménos
que de casarme se trata,
y, á fe que en todo ese tiempo,
de cuantos pollos he visto,

Ricardo ha sido el primero
á quien con agrado escucho,
á quien con placer contemplo.

COND. Vamos, la niña ha fijado
al cabo sus ojos bellos
en don Ricardo Floralba!
Pero es que ese caballero
viene aquí como vecino,
como amigo, y yo no creo
que traiga otras intenciones.

BLANCA. Tampoco yo. Pero puedo
decirte, que si se hubiera
insinuado...

COND. Eso es muy feo.
Una señorita, nunca
dice así sus pensamientos.

BLANCA. Ah! ya: más vale emplear
la astucia y el fingimiento?...
En vez de decir: me gusta,
debiera decir: ¡qué feo!
Bien: si quereis lo diré...
mas diré lo que no siento.

LUZ. Pero qué encuentras en él
que pueda prendarte?

BLANCA. Encuentro
mil cosas, y es, entre todas,
la mejor en él advierto
que, respecto de la vida, (Con importancia.)
tiene ideas, que de acuerdo
estan con las mias.

LUISA. Bravo!
Conque tú, por lo que veo,
ya sobre la vida tienes
tus ideas?

BLANCA. (Con gravedad.) Sí las tengo.

COND. Y dime, has hablado mucho
con él?...

BLANCA. Aun no; pero creo...
le he estudiado bien!

LAS TRES. (Sonriéndose.) Ah! ah!

BLANCA. Porque digo lo que pienso,
me teneis por aturdida?...

Pues aseguraros puedo
que conozco su pasado.

LUISA. Y ese pasado es?...

LUZ. Muy negro?

BLANCA. Al contrario; es bien sencillo.
Veintidos años; soltero;
educado por su madre,
que vivió en este destierro
sin mas visitas que el cura,
y de su marido lejos...
Por qué estaban separados
no me ha dicho...

COND. Lo comprendo.

BLANCA. *Por qué*?

COND. Porque á las casadas
solo se puede hablar de eso.

BLANCA. Ah! muy bien. (Entónces, Luisa...
tú me explicarás, no es cierto?)
Despues que murió su madre
se dió Ricardo al arreglo
de su hacienda; es labrador:
vende el trigo y el centeno;
hace talas en sus montes...

LUZ. (Sonriéndose.) Bonito entretenimiento!

BLANCA. Y pasa solo dos meses
en Madrid, por el invierno...

LUISA. Cuando hay bailes y teatros,
circo y ópera y conciertos...

LUZ. (Interrumpiéndola.)
Y siempre el resto del año
confinado en este yermo?...

BLANCA. Se entiende. Y yo mejor vida
te juro que no apetezco.

COND. Locuras!

BLANCA. Oh! no lo creas.
Si precisamente quiero
un marido campesino,
como yo, franco sincero,
leal... Cuando le comparo,
Luisa, con todos aquellos
que la otra noche en el baile
la corte... á mi dote... hicieron,

se me figura que salgo
de un callejon muy estrecho
á respirar de repente
á un ancho campo sereno.

COND. Pero dí, niña mimada,
sabes lo que estás diciendo?

BLANCA. Por eso lo digo aquí,
si no iré á otra parte á hacerlo.

LUZ. Si la apuras, es capaz
de irse á él mismo con el cuento.

BLANCA. Oh! lo que es á él... no tanto.

LUZ. Hola! y por qué?

BLANCA. Porque eso
no estaria bien.

COND. Ahí ves
que tú misma, sin podértelo
explicar, has comprendido
que el hacer eso no es bueno.

BLANCA. Tienes razon; y *por qué*?

LUZ. Vuelta al *por qué* sempiterno!

ESCENA V.

DICHAS, un CRIADO.

COND. Qué hay?

CRIADO. Desea ver á usia,
señora, este caballero. (Saca una tarjeta.)
Un vecino, segun dice.

COND. Á ver?... Cárlos de Toledo. (Leyéndola.)

LUZ. Oh! Toledo?...

COND. Le conoces?

LUZ. De vista... y ahora recuerdo
haberle... sí; esta mañana
pasó...

COND. Quien es no sabemos...

LUZ. Sí; el Toledo de la Tula
y de la de Torre-fresno!...
Un solteron muy galante,
de quien se cuentan á cientos
escándalos y aventuras... (Con viveza.)
Hay que recibirle...

COND. Pero...

como no está mi marido
en casa, no sé si debo...

LUZ. Estando las cuatro...

LUISA. Es claro...

COND. Que pase ese caballero... (Al criado, que se va.)

BLANCA. El Toledo de la Tula (Á media voz á Luz.)
y de la de Torre-fresno?...
¿Qué quiere decir?

LUZ. Oh! Quiere
decir que... es él... nada: luego
lo sabrás.

BLANCA. Ah!

COND. Ya se acerca,
qué le trae, aquí sabremos.

ESCENA VI.

DICHAS, D. CÁRLOS

CARLOS. Podrá, señora Condesa,
excusar mi atrevimiento
la bondad de que son todos
cuantos hablan de usted eco?

COND. Excusas no ha menester (Indicándole una silla.)
ni otorgáselas podemos,
estas señoras y yo
á quien trae aquí el deseo
de vernos.

CARLOS. Y sin embargo,
(Siéntase.—Todos lo estan en semicírculo. La Condesa en el sofá de la derecha, D. Cárlos á su lado, Luz y Luisa á la mesita de labor trabajando, Blanca á la mesa.)
aunque es grande con efecto,
y el título de vecino
invocar ademas puedo,
no hubiera llevado á cabo
tal vez, señora, el intento
de ponerme hoy á sus pies
sin un... ¿lo diré? *Un pretexto.*
(Se detiene y prosigue, sonriéndose.)

COND. Ah!

CARLOS. Serio...
LUZ. Quién duda?... (Con malicia.)
COND. Oigamos.
CARLOS. Oh! como digo, muy serio.
Vengo... El caso es que palabra
para decirlo no encuentro:
no la hay en el Diccionario.
En fin, aquí en nombre vengo
de los pobres del pais...
(Las señoras se miran sorprendidas.)
á pedir vengo dinero
para remediar sus males.
Hoy se trata de un incendio!...
COND. Pobres gentes!...
CARLOS. Soy, por último...
Un caballero *benéfico*...
(Sonrisa casi imperceptible de las señoras.)
Esa sorpresa, señoras,
esperaba, lo confieso...
COND. Oh! no crea usted...
CARLOS. Repito
que me la estaba temiendo.
La beneficencia toma
regularmente otro aspecto
más seductor... Sé que usurpo
sus veces al bello sexo,
de quien es la caridad
atributo aquí en el suelo,
como lo es del claro sol
alumbrar el firmamento.
Así que estoy decidido
á abandonar por completo
á tan lindos abogados
la defensa de mi pleito.
Ya no digo más palabra
del papel que represento.
Yo la mano que recibe
seré, y á ustedes las dejo
ser la caridad que implora
y que da limosna á un tiempo.
COND. Difícil es, con más gracia,
salir del honroso empeño!

Para atender á esos pobres,
he aquí el óbolo que ofrezco.
(Dan dinero, que D. Cárlos se levanta á recibir.)

LUISA. Y el mio tambien.

LUZ. Y el mio;
que nunca negarme intento...

CARLOS. Oh! si al llevar este oro
quedáran para mí, al ménos,
señoras, esas sonrisas!
(Tendiendo la mano á Blanca.)

BLANCA. De que eso baste me alegro,
porque es la sola moneda
de que disponer hoy puedo.

CARLOS. La gracia de ese semblante...

COND. No es moneda de estos tiempos.

CARLOS. Oh! para mí...

COND. Yo por ella
doy cosa de más provecho.
Y ahora, nuestra pasada
sorpresa disculpar quiero.
Y es que esta conducta está
así... un poco en desacuerdo
con el carácter que dicen...

CARLOS. Ay! bella Condesa! veo
que precedido me habia
mi mala fama...

COND. Yo siento...

CARLOS. Valia algo más que yo
mi reputacion un tiempo;
pero ahora... valgo yo más,
más... asegurarlo puedo.
Los años me han convertido;
con gran pesar lo confieso.

LUZ. Y se ha hecho usted ermitaño?

CARLOS. De la alusion no me quejo,
aunque es un poquito viva...

LUZ. Mucho sentiria...

CARLOS. Entiendo.
El lobo dicen... ó el diablo...
se hizo ermitaño, de viejo.

LUZ. Quise decir, si vivia
usted solitario...

LUISA. Austero.
CARLOS. Ni uno ni otro, señoras.
LAS TRES. Ah!
CARLOS. Confesar no sé si debo...
LUZ. Sí; diga usted...
LUISA. Sí.
CARLOS. No ha entrado
en mí el arrepentimiento.
LUZ. Ah!
COND. Ya!
CARLOS. Y á la soledad...
no antipatia, la tengo
horror.
LUZ. Me pasa lo mismo.
COND. Vamos, eso lo comprendo.
CARLOS. Fuí mundano y aun lo soy.
En verano doy paseos;
pero á los primeros frios
á escape á Madrid me vuelvo.
Aquel ruido, los teatros...
Sobre todo, el embeleso
de la córte!... De una vez
digámoslo, sin rodeos...
ustedes... sí; las mujeres!...
del mundo el bello ornamento!...
Tal vez á vivir un dia
para ellas renuncie cuerdo,
mas no podré resignarme
nunca á vivir de ellas lejos.
Una no habrá que llamarme
quiera ya su dulce dueño...
mas todas concurrirán
á encantar mil pensamientos!
Que toleren esta imágen
á ustedes humildes ruego,
ya que aquí, de barbilindos
que rian, libres nos vemos:
«renuncio á coger las flores...
pero entrar al jardin quiero!».
LUZ. Es muy galante manera
de retirarse.
COND. Sí; cierto.

CARLOS. Si supiera usted cuán dulce
es para un solteron viejo...
como yo...

COND. Viejo?...

CARLOS. Sí, sí:
hacerme ilusion no puedo:
soy viejo.

LUZ. Nadie dirá...

CARLOS. Cuarenta y ocho años tengo.

COND. La segunda juventud...

LUZ. Cuando un hombre es de provecho!

CARLOS. No digo...

COND. Conozco algunos
de treinta que...

CARLOS. Me conservo
bien, y no hallo diferencia
de hace diez años...

LUZ. Pues...

CARLOS. Cierto:
mas de todos modos, ya
voy siendo, á mi pesar, viejo.

COND. Es decir... no es usté un pollo...

CARLOS. (Se levanta y saluda.)
Tambien ha quedado un resto
de caridad para mí!...
En prueba de que agradezco,
si no como se merece,
cual á mí me es dado hacerlo,
tal favor, permita usted
que humilde en su mano el sello
grabe de mi gratitud. (Tomándola la mano.)

COND. Pero qué está usted haciendo?...

CARLOS. De estrechar mano tan linda,
Condesa, conozco el precio,
y si á pagarlo no alcanzo
de tal favor el recuerdo,
no lo dude usted, señora,
será en mi memoria eterno!
(La besa la mano.)

LUZ. Decia usted que es muy dulce?...

CARLOS. Mostrar mi agradecimiento
de este modo?... (Besa la mano á Luz.)

LUZ. No: otra cosa
antes iba usted diciendo...
CARLOS. Antes? Perdóneme usted,
señora, si no me acuerdo...
BLANCA. (Á media voz á Luisa.)
Él podrá no coger flores,
pero mucho las va oliendo!
CARLOS. (La oye y la mira sonriéndose. Ella baja la vista con viveza y hojea un album.)
Esta señorita es (Á la Condesa.)
hermanita segun creo?...
LUZ. De mi marido: hace poco
que ha salido del colegio.
CARLOS. El mismo encanto... la misma...
siempre, en fin, hay parentesco.
LUZ. Con todas esas retóricas,
hará usted que no escuchemos
qué era aquello que es tan dulce.
CARLOS. Hacer lo que está usted viendo.
Mi diaria ocupacion
es esta, desde que almuerzo,
(mientras en el campo vivo)
hasta que á acostarme vuelvo.
LUZ. Voy á decir... no me atrevo
sin pedir á usted su vénia...
CARLOS. Diga usted: yo se lo ruego.
LUZ. Tiene usted de Sixto Quinto
algo, y suelta, segun veo,
las muletas con frecuencia.
CARLOS. Ay señora! ya no puedo!
Me caeria...
LUZ. Á nuestros pies?...
CARLOS. Seguramente.
LUZ. Lo creo.
COND. Eres adivina!...
LUZ. No:
pero he conocido el juego.
BLANCA. (Va al foro.)
Aquí estan los cazadores.
MEND. (En el foro.)
Dos solamente.
COND. Qué es eso?

ESCENA VII.

LOS MISMOS, D. RICARDO y MENDOZA, aparecen en el foro y se despojan de sus escopetas, morrales, etc., que entregan á los criados.

COND. ¿Qué? Con ustedes no viene
el Conde?

LUZ. Ni mi marido?

MEND. (Baja al proscenio; Blanca permanece en el fondo con Ricardo.)
Ambos se nos han perdido,
y no sé en qué se entretiene
el Baron, que nos seguia.

COND. (Presentándola á D. Cárlos.)
Nuestro vecino, el señor
Toledo...

CARLOS. Tengo el honor...

MEND. Cárlos!

COND. Oh! le conocia
usted?

MEND. Há que le tuteo
quince años. Él, yo, el Baron...
vivimos en una union
íntima. En el Pirineo
te hacia.

CARLOS. Vengo de allí:
pero veinte años hará
que no he estado por acá,
donde tengo bienes...

MEND. Sí;
cuantiosos.

CARLOS. Y he decidido
mis intereses cuidar.

COND. Oh! y á cuidar á la par
los del pais ha venido.
Se ocupa ahora en pedir
para los pobres auxilio.

MEND. En la iglesia? (Estupefacto.)

CARLOS. (Con modestia.) Á domicilio.

MEND. (No me queda más que oir!) (Ap.)

CARLOS. Un incendio!... Pobres gentes!
El padre enfermo, postrado,
y allí llorando á su lado
cuatro niños inocentes!

LUISA. Señor de Mendoza, mano
al bolsillo.

MEND. Oh! sí señora. (Mirando á Cárlos.)
Cómo no? (Si entiendo!...) (Ap.)

LUISA. (Dirigiéndose al fondo. Á Ricardo.)
Ahora,
don Ricardo, que es humano
y caritativo...

MEND. (En el proscenio solo con D. Cárlos.)
(Luego
me devolverás, eh?

CARLOS. Calla!
y dame pronto.

MEND. Ah canalla!
mas dí...

CARLOS. Qué calles te ruego.)

MEND. (Este hombre nada respeta!) (Ap.)

CARLOS. (Con viveza al acercarse á ellos las señoras.)
Cuatro! y en cinta la madre!...

MEND. (Como á sus proyectos cuadre,
dos gemelos nos espeta!) (Ap.)

COND. (Á Ricardo, que ha bajado al proscenio.)
Qué?... Se niega usted acaso
á dar?...

RIC. Ah, no! no señora. (Sacando el dinero.)
Dice usted que ocurrió ahora
tan lamentable fracaso? (Á Cárlos.)

CARLOS. Sí señor.

MEND. Cuatro pelones,
tres gemelos.

CARLOS. Eso, aun no.

MEND. Por las señas...

RIC. Como yo,
que tengo aquí relaciones
con todos?... Es singular.
que antes no lo haya sabido!...

CARLOS. Cree usted que á nuestro oido
por fuerza deben llegar

las miserias de este mundo?
Cuantas, ay! penas mayores,
lágrimas mil, mil dolores
guarda en su seno profundo!...

RIC. Pero un incendio, no obstante...
no ver, ni aun el humo, es raro.
(Sonriéndose.)

COND. Yo si veo, amigo caro,
que le cuesta á usted bastante
dar su limosna.

RIC. Oh! no, á fe:
antes, la dádiva escasa
juzgando, hoy mismo á la casa
de esa pobre gente iré.

CARLOS. (Ah!)

LUIS. Y nosotras á enviar
vamos otras muchas cosas.

CARLOS. Pobres criaturas! Dichosas
serán...

RIC. (Acercándose á Cárlos) Me quiere usted dar
las señas de?...

CARLOS. Cómo no?
Las señas de la?... Sí, sí.
El caso es... no tengo aquí
(Haciendo que lo busca.)
lapiz...

RIC. Ahí va. (Dale el de su cartera.)

CARLOS. (Ap.) (Me pilló.
Cómo salgo de este embrollo?)

BLANCA. (En el foro.) Hola! ya viene el Baron!

COND. Llega en muy buena ocasion.

BLANCA. Remojado, como un pollo!...

ESCENA VIII.

DICHOS, el BARON en traje de cazador, muy elegante, sale casi doblado por el espinazo, es muy corto de vista, lleva peluca, se resiente visiblemente de dolores reumáticos; tose débil, pero recuentemente, como un hombre estenuado. Salen con él dos CRIADOS, enjugándole el agua con dos esponjas, como recien mojado que llega.

BARON. Basta! no más me sequeis.
COND. Y cómo viene!
BARON. Primitas,
me he soplado de patitas
en un arroyo... oh!... ya veis.
Y si me descuido un poco
tambien me rompo el bautismo!
MEND. Pues para tu reumatismo!... (Ap. al Baron.)
BARON. He descubierto... estoy loco!... (Entusiasmado.)
No vi portento mayor!
MEND. Dónde? En el agua?...
BARON. Cabal.
Es una cosa ideal!
MEND. Algun pato?
BARON. Un ruiseñor.
Otra Farinelli nueva.
Ya os acordais que fuí yo
quien primero la lanzó?...
(Sigue secándose él mismo con una esponja.)
Esta ventajas la lleva!...
MEND. Es decir, si no me engaño,
que una cantarina ha sido?...
Y van nueve que del nido
saca á volar este año!
LUISA. Jóven?
BARON. Quince años.
MEND. Ninguna
tiene más.
BARON. Chica precoz,
llena de savia... y qué voz!
y un aroma... y una... una...
(Se queda parado sin poder hallar la palabra que

busca.)
Cazando grillos estaba,
dando golpes con el pie,
cantando... cantando... qué?
no me acuerdo de qué hablaba...

MEND. De los grillos.

BARON. Vais á ver...
es ideal!

COND. La has traido
á casa?

BARON. Sí: aquí ha venido.
Oh! y ha de llegar á ser...
Se llamaba Bernardina
Mascaron.

MEND. Con ese nombre
la vas á lanzar?

BARON. No, hombre.
Será en el teatro *Nina*.

LUISA. Esa es otra cosa, vamos.

MEND. Ya juzgarémos...

BARON. Está
aun así... un poco...

MEND. Ya!

BARON. Un poco salvaje. Estamos?
Y tiene un hambre!... (Muy ufano.)

COND. (Con severidad.) Mejor.
Y aunque de descuido pasa,
señoras, habiendo en casa
traer á ese ruiseñor,
manda á un criado, Baron,
que algo la dé que comer,
y ya puedes disponer
que busque otra habitacion.

BARON. Voy, prima; pero verás
que dentro de poco...

COND. Ve
pronto.

BARON. Voy. No entiendo á fe.
(Se ha puesto hecha un Fierabrás.) (Váse.)

COND. Estas señoras y yo,
si usted lo permite, vamos
á ver como algo buscamos

que dar á esos pobres.

CARLOS. Oh!
mil gracias.

COND. Usted, señor
don Ricardo, quiere ser
de los nuestros?

RIC. Qué placer
puedo yo tener mayor?...

COND. Ea pues; vamos allá,
que con ayuda tan buena,
bien y pronto la faena
terminada quedará.
(Váse por la izquierda con Luisa, Luz y Ricardo.)

ESCENA IX.

D. CÁRLOS, MENDOZA, el BARON, que vuelve por el foro.

BARON. Ya he dispuesto por el pronto
que la den bien de comer.
Rústica está, pero luego...
La Farinelli sabeis
que andaba...

CARLOS. Vendiendo fósforos...

BARON. Cierto... Pero Cárlos es?

CARLOS. No me habias visto?

BARON. No.
Pero qué haces aquí?... Qué?...

CARLOS. (Ap.) Por fin ese pollo cáustico
no me pedirá otra vez
las señas. (Á los otros.) Eh! ya que solos
nos han dejado á los tres,
(Se sienta á la mesa.)
sepamos qué haceis aquí;
cuándo vinisteis?...

MEND. Ayer,
á cazar.

CARLOS. Gran confianza
en esta casa teneis?...

MEND. Es la Condesa del Álamo
prima del Baron.

CARLOS. Oh! bien!

BARON. No nos parecemos?
CARLOS. Mucho.
MEND. Y el Conde mi amigo es
desde la infancia.
CARLOS. Magnífico!
Mas nunca me hablasteis de él...
ni he conocido jamás.
MEND. Á Madrid vino, despues
que tú te marchaste á Francia,
hará cinco meses.
CARLOS. Seis
he pasado por allá.
Se casaron, hace?...
BARON. Él es...
(Se queda con la boca abierta sin poder concluir la frase.)
MEND. Año y medio hará lo más.
CARLOS. Bien: y ha sido boda de
conveniencia?
MEND. No, de amor.
CARLOS. Segun eso, el Conde es?...
MEND. Oh, muy buen mozo.
CARLOS. Y la rubia?
BARON. Primo mio. (Concluyendo la comenzada frase.)
CARLOS. Ya, ya sé.
BARON. Por qué preguntarlo entónces?
MEND. (Volviendo la espalda al Baron.)
Todo lo entiende al revés!
La rubia dices? se llama
doña Luz; es la mujer
de un tal Pozo... por mi culpa!
CARLOS. Cómo?
MEND. En poco estuvo que
con ella... Pero ya sabes...
primero que todo es
mi tranquilidad. Tronamos.
Dejé de verla, y al mes...
por despecho... en ese Pozo
la pobre vino á caer.
CARLOS. Y ese Pozo es?...
MEND. Un marido...
CARLOS. Cuántos años llevan?

MEND. Tres.
En cuanto á las dos más jóvenes...
CARLOS. Una es hermana, ya sé,
del Conde.
MEND. La otra, casada
hace poco más de un mes
con un tal don Diego Lara.
Te acuerdas de un pollo á quien
desplumó Florina?
CARLOS. Ah! sí.
Conque en la luna de miel
estan?
MEND. Mas una tan pálida!
CARLOS. Por frialdad de la mujer?
MEND. Por fastidio del marido,
creo que ha de ser más bien.
CARLOS. En fin, vosotros cazais
con los maridos y haceis
de paso la córte á las
mujeres?
MEND. Puedes creer?
CARLOS. Hipócritas! como yo
vosotros perteneceis
á la amable cofradia
de los solterones...
MEND. Bien...
CARLOS. Y como en Octubre estamos,
por experiencia lo sé,
de frio los solterones
tiritan en este mes
y buscan donde abrigarse.
BARON. Alguno habrá que tal vez...
Yo no tirito...
CARLOS. Sí, amigos;
ya tiritamos los tres.
El viento del norte sopla
para nosotros cruel:
os estremece la idea
de volveros á meter
en Madrid, en aquel cuarto
tan frio, como teneis
el corazon, sin llevar

ni una leve chispa en él
de amor, que el helado pecho
pueda de nuevo encender.

BARON. Yo, siempre el cuerpo de baile
donde abrigarme tendré.

MEND. Un alma caritativa
habrá para mí tal vez..

CARLOS. Sí; pero no es ese el fuego
de que hablo yo.

MEND. Á ver?...

BARON. Á ver?...

MEND. Explícate.

CARLOS. Tiene, amigos,
inconvenientes tambien
nuestra cara libertad.
Y en llegando la vejez...
El encanto de los hijos
el calor de la mujer...

MEND. Cierto: á veces.

BARON. Cuando hiela!

CARLOS. Verse solo!...

MEND. Si es cruel!
Pero el matrimonio!...

BARON. Bah!

CARLOS. Y habeis podido creer
que trato?... Pero un buen fuego,
una buena mesa, y el...
el esmero, el dulce encanto
que da á todo la mujer,
y que en vano imitar quiere
un mal mozo de café...
Como imita el perfumista
el aroma del vergel!...

MEND. Bien; mas teniendo dinero...

CARLOS. No se compra ese placer.

MEND. Quieres casarnos?...

CARLOS. Ya es tarde!

BARON. Para mí temprano es!

MEND. Y qué hemos de hacer entónces?

CARLOS. No hay más remedio, que hacer
lo que en nuestro caso todos
desde que fué del Eden

expulsado el ángel malo,
que el primer solteron fué.

MEND. Entiendo. En la mies agena?...

CARLOS. El matrimonio no es
para los maridos solos.
Hecho parece más bien
para los pobres solteros,
que suelen hallar en él
la casa, sin la familia;
la esposa, sin la mujer;
sin riesgos, el matrimonio...
Todo eso puede muy bien
proporcionarlo, un amigo
casado de buena fe.

MEND. (Apartándole del Baron.)
Y te parece que aquí
vamos, acaso, á poder?...

CARLOS. Encontrar para este invierno
un refugio? Sí, pardiez!

MEND. Y tú?...

CARLOS. Yo? y á qué he venido?

MEND. Qué bien me lo figuré!
Y la limosna, el incendio?...

CARLOS. Pido... lo que he menester.
Y el incendio... soy yo mismo.

BARON. Iba á decir... no sabeis?...

MEND. Qué?

BARON. No sé...

MEND. (Sin hacerle caso, á D. Cárlos.)
Tú siempre el mismo?

CARLOS. Y por qué no lo he de ser?

MEND. Qué sé yo? mas caminando
vamos hácia la vejez...

BARON. Soy yo viejo, por ventura?

CARLOS. Quién piensa en envejecer?
No tengo energia, acaso?
Impedido estoy tal vez
de hacer las mismas locuras
que otro tiempo supe hacer?...
Qué importa que el tiempo vuele;
si yo con intrepidez
arrebatar no me dejo?

Pasan los años?... Y qué
importa, si los domino?...
Yo en la lucha venceré!
«No ames que llego,» á mi oido
diciendo está la vejez.
«Amo,» respondo, y así
llegar no te dejaré!

MEND. De oirte casi me dan
ganas tambien de emprender...
Y en cuál de estas bellas damas,
te has fijado?

CARLOS. No lo sé.
En todas, mientras por una
me decido.

MEND. Y qué has de hacer
para que te abran sus puertas?

CARLOS. Ya veremos.

MEND. (Separándose del Baron.)
Pero es
que el Conde sabe tus mañas.

CARLOS. Bueno: déjalo correr.

MEND. Á imitarte me decido.

BARON. Queria deciros...

CARLOS. Qué?

BARON. No sé lo que iba á decir...

MEND. Ya vienen!...

CARLOS. Alerta, pues!

ESCENA X.

DICHOS, la CONDESA, LUISA, LUZ, BLANCA, con varias ropas, RICARDO, el CONDE y POZO en traje de cazadores. Durante la escena desaperece el BARON.

COND. Aquí traemos por fin
cuanto que darles habia.

BLANCA. Sí.

COND. Don Cárlos de Toledo (Al Conde.)
de cuya amable visita
te he informado.—Mi marido. (Á Cárlos.)

CONDE. Aunque tan solo de oidas,
tengo, hace tiempo, el honor (Mirándole.)

de conocer...

BLANCA. (Ap.) (Qué decia yo?...)

CARLOS. Espero que esta señora
darle cuenta me permita
de la comenzada obra,
así que esté concluida?

COND. (Mirando á su marido y turbada.)
Nos volvemos á Madrid
esta noche...

CARLOS. Yo, dos dias
tardaré en marchar aun.
Pero si usted me autoriza,
así que á la córte llegue...

CONDE. (Mirando á su mujer que va á aceptar.)
Fuera molestia excesiva.
Yo, si usted me lo permite,
le pagaré esta visita.

MEND. (Buena estocada!) (Ap.)

CARLOS. De tanto
honor, lo siento, me priva
no tener allá en Madrid
nunca residencia fija.
El solteron, señor Conde,
nunca sabe donde anida.

MEND. (Embustero! hace diez años
que en mi misma casa habita!) (Ap.)

CONDE. En tal caso...
(Mirándole sorprendido de su insistencia.)

CARLOS. He de ser yo
el que antes tenga la dicha... (Sonriéndose.)

CONDE. No insisto ya más.
(Desde este momento no aparta el Conde los ojos de Cárlos.)

BLANCA. Y estas
cosas, á dónde se envian?

CARLOS. Eso? Á casa del buen párroco,
si usted gusta, señorita,
con este dinero á un tiempo, (Dándoselo.)
que él hará que se remitan...

COND. Has oido? (Á Blanca.)

CARLOS. Ahora, si ustedes

Permiten?... (Saluda para marcharse.)

RIC. Desearia... (Deteniéndole.)
si tiene usted la bondad
de darme las consabidas
señas...

CARLOS. Las señas?

RIC. Sí;
de las desgraciadas víctimas...

CARLOS. Es verdad... de aquellos pobres...
(El maldito no lo olvida!) (Ap.)
El caso es... es tan difícil,
en medio de la campiña
una casa aislada... Pero
no me marcho todavia,
y á título de vecino
tendremos otra entrevista...
(Va á tenderle la mano.—Ricardo le saluda c n frialdad y pasa al lado del Conde.)
(Ap. un poco desconcertado.)
Le tiendo la mano, y él...
(Alto.) Tengo el honor... (Ap.) (Me fastidia)
el pollo! Quién es?... (Ap. á Mendoza.)

MEND. (Ap. á Cárlos.) (Se llama...
Floralba...)

COND. (Ap. á Ricardo.) (La tal visita
no me gusta!)

RIC. (Lo mismo al Conde.) (Á mí tampoco.)

BARON. (Sale precipitado.)
Favor!... Nina... pobrecita!...

TODOS. Qué es eso? qué?

BARON. Que se ahoga!...

COND. Cómo?

MEND. Dónde?

BARON. En la cocina;
ha engullido de tal modo!...

MEND. Pues no empieza mal la niña!
(Acuden todos al foro y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon de casa del Conde en Madrid. Puertas laterales á derecha é izquierda y en ambos lados al foro. Chimenea tambien en el foro, en el centro. La primera puerta de la izquierda da al comedor; la segunda al cuarto del Conde. Velador en medio, rodeado de sillas: á la izquierda mesita de juego, con tablero de damas; sillones, butacas, etc. Es de noche, acabado de comer.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE, D. JUAN DEL POZO, saliendo del comedor.

CONDE. Entra: aquí estarémos solos.
POZO. Qué de misterios!
(Siéntanse á la mesa uno en frente de otro.)
CONDE. Tres años
de casado llevas ya;
dí: ¿seriamente has pensado
en el matrimonio?
POZO. ¿Antes...
ó despues de consumarlo?
CONDE. Despues.
POZO. Hombre... yo, en verdad,

como todos me he casado.
Tomé mujer con buen dote,
cosa que siempre hace al caso.
La quiero... cuanto yo puedo,
la mimo, la doy buen trato...

CONDE. Y duermes?... (Interrumpiéndole.)

POZO. Á pierna suelta,
sin el menor sobresalto.

CONDE. Y decidido á *dar fin*
así que tomaste estado,
á locuras de soltero?

POZO. Pues; como todos.

CONDE. Exacto.
Y tu mujer, como todas,
para empezar se ha casado.

POZO. Cómo?... cómo?...

CONDE. Tú concluyes
y ella empieza.

POZO. Empieza?,..

CONDE. Es claro.
Y tú, que es fácil, sin duda
poner de acuerdo, has pensado
sol que empieza su carrera
con el que toca á su ocaso?

POZO. Estás hoy de buen humor!

CONDE. Formado apenas el lazo,
juntos, marido y mujer,
se lanzan en el espacio
á recorrer de la vida
la senda con firme paso.
El marido, que el pais
está de conocer harto,
á la jornada primera
camina ya con pie tardo...
cuando la mujer, que nada
ha visto, con desenfado
corre á través de la vida,
sin ver á su marcha obstáculos.
«Á qué?—pregunta el marido,—
á qué apresurar el paso?
—Perezoso compañero,
ella exclama, me ha tocado!»

Cruza á este tiempo un doncel
el camino, galopando...
Solo, de cuidado exento,
corre como el aire rápido...
—«Oh! sigámosle!» la dama
grita, y se resiste en vano
el marido: ella le sigue,
y cuando él llega á alcanzarlos...
escucha... una carcajada...
cuando no un tardío llanto!

POZO. (Inquieto.)
Metáfora singular!...
¿Para eso me has convidado?

CONDE. Precisamente. Porque
necesito, amigo caro,
confiarte...

POZO. (Respirando.) Ah! ya: se trata
de tí?...

CONDE. Sí.

POZO. Corriente: vamos...
se me figuró... Ea, cuéntame...
Estás... un poco escamado?...

CONDE. Mucho!

POZO. Has descubierto?...

CONDE. Nada.

POZO. No? Pues entónces no alcanzo...
¿Algunas coqueterias?

CONDE. Aun no.

POZO. Frialdad?...

CONDE. Acaso.

POZO. (Levantándose.)
Bah! Si vieras á la mia!...

CONDE. Ya: pero de Luz no hablamos,
y eso solo no bastara...
Mi mujer es...

POZO. Un dechado
de hermosura. Tú la adoras.
Nada la falta de cuanto
dichosa la puede hacer.

CONDE. Serlo algo ménos acaso.

POZO. Mira... puede!...

CONDE. Se fastidia;

tal vez su existencia es harto
tranquila; no hay emociones,
movimiento, que es el pasto
de las mujeres. Á ser
amada se ha acostumbrado
ya, como cosa corriente;
y, á fuerza de tanto y tanto
amarla, mucho me temo,
quizá, haberla fastidiado.

POZO. De qué infieres?...

CONDE. Oh! de mil
síntomas: caprichos raros;
jaqueca, ataques de nervios,
y otras mil cosas, en fin,
de que ya estarás al cabo,
puesto que el cuarto de luna
mismo luce para entrambos.

POZO. No... no... mi Luz va á la iglesia,
y lee algunos libracos...

CONDE. Otro síntoma de que
hablarte habia olvidado.
Tambien hay de devocion
un acceso extraordinario,
que tentaciones supone,
remordimientos acaso!...
Pero aun queda otro peor,
que es con el que más me escamo...
porque es el último, el más
formidable.

POZO. Cuál?... veamos.

CONDE. Es... la aparicion aquí...

POZO. Bah! de quién?...

CONDE. Del celibato!

POZO. Oh!

CONDE. El celibato en la casa
es, y quizá algo rebajo,
el *oidium* en la viña.

POZO. Chico, me tiemblan las carnes!...

CONDE. Yo no me alarmaba, en tanto
que se trataba tan solo
de ese Mendoza y del sandio
del Baron; mas desde que

en casa se nos ha entrado,
por más que impedirlo quise,
ese maldito don Cárlos...

POZO. Sospechas?...

CONDE. Tengo evidencia
de que nos tiende algun lazo.
Alrededor de las damas
anda revoloteando...

MEND. *Querens quem devoret*, eh?...

CONDE. Sí; pero á Laura he notado
que se inclina la balanza.

POZO. Ah! pues yo no hice reparo...

CONDE. La entretiene su talento...
Por ahora no me alarmo,
mientras así lo confiese;
pero enfermo me declaro,
y enfermo de gravedad,
cuando principie á callarlo;
y para que eso no llegue
á suceder, he contado
contigo.

POZO. Conmigo?

CONDE. Sí.
Hemos de ver si logramos
que en él su atencion no fije.

POZO. Pues cuenta...

CONDE. Conozco el flaco
de mi mujer. Es curiosa
con extremo, y he pensado
poner á prueba esta noche...

POZO. Silencio, que siento pasos.

CONDE. Quién?

ESCENA II.

DICHOS, D. RICARDO.

CRIADO. (Anunciando.) El señor de Floralba.

CONDE. (Gozoso.) Tanto bueno por acá!...

RIC. (Estrechándole la mano.)
Yo, mi querido vecino.

CONDE. Y por qué casualidad

tenemos, tan pronto, el gusto
de verle á usté abandonar
sus montañas?...

RIC. ¿Cuando suelo
permanecer por allá
siempre hasta fin de diciembre?...

CONDE. Pues.

RIC. Oh! no es casualidad.

CONDE. Cómo? algun negocio grave?

RIC. Cierto: trato de tomar
una gran resolucion,
en que usted tiene, quizá,
alguna parte ..

(D. Juan se separa á hojear los libros de estampas que hay sobre la mesa.)

CONDE. Yo?

RIC. Luego
de eso podemos hablar.
Y la señora Condesa?

CONDE. Buena: ahora la verá
usted.

RIC. (Despues de echar una mirada por la sala.)
Y Blanquita?

CONDE. Oh! esa
esta noche va al Real
por primera vez.

RIC. Y ustedes?...

CONDE. No: la sirve de mamá
la baronesa del Roble,
que se ha empeñado en llevar
á mi hermana y á su hija,
que son de la misma edad.

RIC. De suerte que no tendré
el gusto de saludar?...

CONDE. Mañana, cuando usted venga
á que, *con formalidad*,
hablemos del grave asunto,
que *presumo* adivinar...

RIC. Oh! no creo... (Con viveza.)

CONDE. (Sonriéndose.) Me parece...

POZO. (Que se ha acercado.)
Yo estorbando estoy quizás...

RIC. Si el señor Conde consiente,
usted no está aquí demas.

CONDE. Pues bien, amigo Floralba,
usted se quiere casar
y á pedir viene la mano
de su adorada: ¿qué tal?

RIC. Se trata en efecto de... (Un poco cortado.)

CONDE. De un ángel... de una beldad!..:

RIC. Qué?... usted sabe?... (Muy cortado.)

CONDE. Que es un ángel?...
Hay cosa más natural?
Siempre que uno se enamora...
¿Y ella ese amor pagará?...

RIC. Que al ménos indiferente
no la soy, sin vanidad,
creo... Pero... ¿usted conoce?...

CONDE. Á la interesada? Bah!
No se trata de mi hermana
Blanca?

RIC. Cómo adivinar
ha podido usted?

CONDE. Oh! amigo!...
Tengo yo una habilidad!...
Á pesar de que es usted
muy diestro en disimular...
Para dar á usted un *sí*
unos tres meses hará
que aguardo á que del asunto
me viniera usted á hablar.

RIC. No sé cómo agradecer
podré nunca tal bondad:
mas aun tengo que decir,
y usted no me deja hablar.

CONDE. Qué?

RIC. Que hay un inconveniente
á mi amor y á la amistad
de usted, superior acaso.

CONDE. No alcanzo...

POZO. Me iré...

RIC. No tal:
la revelacion que voy
á hacer puede usté escuchar.

CONDE. Lo toma el señor Floralba
en un tono tan formal!...
RIC. Precisamente ese nombre
que me acaba usted de dar,
no es el de mi padre...
CONDE. Cómo?
RIC. Si no el de una propiedad
que he heredado...
CONDE. Bien: y el otro?
RIC. No tengo otro que llevar.
Yo del autor de mis dias
no supe el nombre jamás.
Vi cruelmente á mi madre,
aquella falta expiar,
y solo el santo recuerdo
conservo de su bondad...
Por eso, pues, de una finca
decidí el nombre adoptar...
Usted que sabe ya ahora
de mi historia la verdad,
si á mi ventura es obstáculo
mi nacimiento dirá.
CONDE. Algo de eso á mis oidos
llegó, aunque con vaguedad.
Mas sea el que quiera el título
con que pudiera llevar
ese nombre, usted lo ilustra,
y vale, por tanto, más
que abuelos y pergaminos,
en quien no los sabe honrar.
Por consiguiente...
RIC. Qué escucho!...
puedo esperar?
CONDE. (Tendiéndole la mano.) Sí en verdad...
RIC. Conde! .. cómo agradecer?...
(Estrechándosela con efusion.)
CONDE. Creo que no se opondrá
usted á que se lo diga
á la Condesa?
RIC. No; más
me parecia mejor...
hasta que yo pueda hablar

á Blanquita...

CONDE. Y usted quiere
que yo le autorice?... Ya!

RIC. Pues que pedí á usted su mano,
me parece natural
que de ella sepa, si puedo
con su corazon contar.

CONDE. Es claro.—Así es, que la chica
ni ha sospechado quizá?...

RIC. Sospecharlo... puede ser;
pero... lo que es yo, jamás
le he dicho...

CONDE. (Á D. Juan.) Pobre muchacho!
Pues ya puede usted hablar. (Á Ricardo.)
Otro marido! (Á D. Juan ap.)

RIC. Qué?

CONDE. Nada:
cosas nuestras. Aquí estan
las señoras.

ESCENA III.

DICHOS, LA CONDESA, LUZ y LUISA, por la derecha.

COND. Ricardito!...
Usted aquí!... y cómo va? (Le da la mano.)

RIC. Como á quien cerca de usted
se vuelve, señora, á hallar.

COND. No esperábamos tan pronto
tenerle á usted por acá.
(Ricardo se dirige á saludar á las otras dos señoras que han ido á sentarse á la chimenea.)

CONDE. (Que se queda solo con su mujer en primer término.)
Oh! de intereses muy sérios
viene á Madrid á tratar.

LUISA. Ya: negocios...

COND. Amorosos...
pero es tan discreto, tan...

COND. Se trata de Blanca?... (Á media voz.)

CONDE. Y cómo
has podido adivinar?... (Sorprendido.)

COND. (Con despego y va á reunirse á las otras señoras.)

De poca penetracion
para eso hay necesidad.

CONDE. (Á Juan que está sentado á la izquierda.)
(De las gracias de que hablamos
una muestrecita más!)

RIC. (Á Luz.) Y cómo va, Lucecita,
aquí en la córte?

LUZ. (Sentada en el foro en la butaca de la izquierda.)
Muy mal.
Tengo hoy mismo una jaqueca...

CONDE. Eh! ya viene de fumar
don Diego...

DIEGO. (Sale por la misma puerta que las señoras.)
Algo habia de hacer.
Hasta ahora no me lo han
prohibido...
(Se dan la mano él y Ricardo.)

CONDE. (Á D. Juan.) No digiere
la tutela. (Va hácia las señoras.)

DIEGO. (Ap. á Ricardo.) Pues si está
pensando que me divierto
en su casa, piensa mal.

RIC. (Lo mismo á Diego.)
Siempre gentes agradables
se reunen aquí...

DIEGO. (Id.) Bah!
Bah! Si usted viera á Florina...
oh! en aquella sociedad
no se aburriria usted.
Estas mujeres son tan
sosas...

RIC. Pero usted no tiene
con su mujer que envidiar
á nadie... es bella...

DIEGO. (Indiferente.) Sí... pero...

RIC. Amable, dulce...

DIEGO. Verdad,
y honesta y cuanto usted quiera...
pero es más espiritual
Florina. Yo de las dos
puedo el mérito apreciar,
porque las conozco á fondo...

RIC. Ya... (Riéndose.)

DIEGO. Y esta formalidad
me cansa; créame usted,
para divertirse, allá.
(Ricardo se dirige á la chimenea, donde estan todos agrupados, y D. Diego va á sentarse á la mesita de juego, vuelto de espaldas á todos los demas.)

LUZ. Dice usted que no le gusta (Al Conde.)
esta novela?...

CONDE. Así...

POZO. Cuál?

LUZ. La que nos trajo don Cárlos.

RIC. Cómo!... ha conseguido entrar
en relacion con ustedes?

CONDE. Suele venir por acá
alguna noche.

RIC. Prosigue
sus obras de caridad?
Pide?...

CONDE. (En pie junto á D. Juan, que sigue hojeando un album.)
Al ménos de las damas
solicita con afan
la benevolencia. (Ap. á Juan.) Escucha.

LUISA. (Sentada á la mesa del centro, de frente.)
Y yo confieso, en verdad,
que se ha captado la mia.
(Mirando á D. Diego, que está haciendo castillos con las damas, volviéndole le espalda.)
Un hombre que es tan galan,
tan distinguido y alegre
siempre consigue agradar!

CONDE. Eso reza... (Bajo á D. Juan.)

POZO. (Id. al Conde.) Pues: con Diego.

COND. (Sentada á la mesa y tomando su labor.)
Tiene un talento!...

POZO. (Bajo al Conde.) Eso va...

CONDE. Conmigo... no te lo dije? (Lo mismo.)

LUZ. (Va á sentarse á trabajar á la izquierda.)
Y qué fuego para hablar!
Oh! se comprende muy bien
que haya encendido un volcan

en su tiempo á cada paso!

CONDE. (Te llegó tu vez. (Bajo á Juan.)

POZO. (Id.) Cabal!

CONDE. Todas á cual más le alaban...

POZO. (Id.) Con que, el que aquí no es capaz
de robar cuantas mujeres
le agraden, y de matar
á los maridos en duelo...

CONDE. Á nadie interesará.

POZO. Cómo hemos de competir
nosotros?... Me he de robar
á mí mismo mi mujer
como él hace?...

CONDE. Claro está.
Ni al marido de la mia
puedo yo desafiar.)

RIC. (Detrás de las señoras.)
Y ustedes piensan, señoras,
que aun esta noche vendrá?

COND. Sí, con Mendoza y mi primo,
que no deberán tardar.

CONDE. (Son las nueve; el enemigo (Mira su reloj.)
debe aproximarse ya. (Á Juan ap.)

POZO. Pues acaba de informarme
entre tanto de tu plan. (En pie á media voz.)
Qué partido sacar quieres,
dí, de su curiosidad?

CONDE. Oyes? Los siento venir. (Bajo á Juan.)
Á su puesto cada cual.
se acercan los solterones... (Ábrese la puerta.)
no nos dejemos sitiar.)

ESCENA IV.

DICHOS, MENDOZA y el BARON

COND. Oh! Mendoza y el Baron!...

MEND. Señoras...

CONDE. (El general (Ap á D. Juan.)
esta noche, por lo visto,
se quiere hacer esperar.)

BARON. (Sale elegantemente vestido.)

Bravo! en la escalera flores!...
flores hasta en el portal!...
(Le falta de repente la voz y se queda con la boca abierta, despues de toser, y sin poder continuar hablando; todos se levantan y rodean al Baron, haciéndole sentarse.)

COND. Qué le sucede, Dios mio!...

MEND. No se vaya usté á alarmar...
Una ligera extincion
de voz... que se pasará...
Suele ocurrirle á menudo.

COND. Es un ataque formal!...

MEND. Ya se repone: Baron!

COND. Nos has asustado.

BARON. (Recobra la mitad de la voz.) Bah!
La tos ferina... un acceso...
Esta escalera es fatal...
Yo subo los escalones
de tres en tres siempre...

CONDE. Ya...

BARON. Y se me agolpa la sangre
con tanta vivacidad
al corazon.

COND. Sí; y estando
delicado como estás...

BARON. Organismo femenino. (Se levanta.)
Solo logra un ganapan,
un aguador, de salud
perfecta siempre gozar.

MEND. (Se dirige á saludar á las señoras.)
Ya le tenemos repuesto.

BARON. Y á todo esto, cómo va,
prima? (Coge la mano al Conde para besársela.)

CONDE. Muy bien.

BARON. Te tomé
por tu adorable mitad.
Dónde anda? (Atraviesa la escena en su busca.)

CONDE. (Á D. Juan..) Á paso de carga
perdiendo la vista va.

MEND. Pasa unas noches!... Á dónde
(Viendo que se dirige al foro, tropezando con la mesa.)

demonios se va á encajar?

BARON. (Atraviesa la escena y se dirige á Diego, como lo hizo al Conde.)
Querida prima!... ah! perdon...
me equivoqué!... (Diego le mira asombrado.)

MEND. Por acá.
(Llévale junto á la Condesa.)

BARON. Ah! por fin! Dónde te escondes
que no te pude encontrar?
(Quédase hablando con ella.)

MEND. (Vuélvese á la izquierda y se sienta junto á Luz.)
Pesqué una silla!... Y usted,
señora?

LUZ. Gracias; tal cual.
(Despues de asegurarse, mirando en derredor, de que no les oyen, y en voz baja.)
Cómo no ha estado usted?

MEND. Yo?
(Lo mismo, fingiendo que observa la labor de Luz.)
Conque despues de esperar
una hora por lo ménos?...

LUZ. Á las cuatro?

MEND. Estaba allá
y no me fuí hasta las cinco.
Desde la *Cibeles*, más
de diez veces fuí hasta el *Tívoli*.

LUZ. Ya podia yo mirar!...
Si dije en la Castellana...

MEND. Yo el salon oí...

LUZ. No tal.
Entendiendo de ese modo!... (Picada.)

MEND. Me trata usted sin piedad!...

LUZ. Que nos oyen! calle usted!
(D. Juan se ha levantado y se acerca· ellos fingen mirar el bordado de tapiceria en que se ocupa Luz.)

JUAN. Digo... ha visto usted bordar
como lo hace mi mujer?

COND. No sabe usted si vendrá (Á Mendoza.)
Don Cárlos?...

MEND. Oh! Sí señora...
aunque fué un rato al Real.

BARON. (En pie al lado de Luisa, que mira un album de

fotografias.)
Parecido más extraño!
qué cosa tan singular!
LUISA. Lo ha reconocido usted?...
BARON. La Patti.
LUISA. (Riéndose.) Cómo?
BARON. No... la...
LUISA. Qué la?...
BARON. Sí, cierto: la Penco.
LUISA. Este Baron es fatal!
Es un caballero, vuelto
de espalda.
BARON. Pues es verdad.
Y se parece...
CONDE. (Al otro lado de la mesa de las señoras.)
Dí, primo:
y á dónde ha ido á parar
aquella famosa pesca?...
BARON. Eh?...
CONDE. La de los grillos...
BARON. Cuál?
Ah! ya caigo: es un prodigio,
está aprendiendo á cantar.
Y qué voz!... Si se parece
á la Farinelli. Ya
os acordais que fuí yo
el que la hizo *debutar*
á la... no tengo memoria
de nombres, á la... la... la...
COND. Sí; á la Farinelli... bien:
ya sabemos; y qué más?
BARON. (Volviéndose al Conde.)
Pues; que andaba por la calle
vendiendo... no puedo hallar
la palabra... ¿qué vendia?
CONDE. Fósforos.
BARON. Eso; verdad.
Fué en el año... el año de...
qué memoria tan fatal
para las fechas la mia!
El año...
JUAN. Sesenta. (Se aparta.)

BARÓN. Bah!
bien sabia yo... el sesenta,
cuando la hice *debutar.*
Y qué triunfo! Su salida
fué...

DIEGO. Una silba general.
Allí estaba yo. (Se aparta.)

BARON. (Solo, delante del castillo de don Diego, echándole el lente.)
Una silba!...
estaba usted?... no hubo tal.
Yo diré...

CRIADO. El señor don Cárlos
de Toledo.

CONDE. Ahí está ya!
(Movimiento diferente en todos.)

ESCENA V.

DICHOS, D. CÁRLOS.

COND. De ver á usted esta noche
habiamos ya perdido
la esperanza.

CARLOS. Gracias mil.
Señoras... señores mios!...
(Vé á Ricardo; ambos se saludan con frialdad.)
Fuí á la ópera.

LUZ. Es la nueva
tiple, en efecto, un prodigio?

CARLOS. Si he de decir lo que siento,
á mí no me ha parecido
gran cosa.

BARON. (Sentado en una silla baja en el proscenio)
En llegando á oir
á Nina!...

CONDE. Ya nos has dicho...

COND. Y qué más hay hoy de nuevo?

CARLOS. Que yo sepa, no ha ocurrido
nada.

COND. Usted, que de noticias
viene siempre tan provisto,

no sabe hoy?...
LUISA. Ni una aventura.
LUZ. Ni uno de esos lancecillos
picantes?
RIC. (Al extremo derecho.) Qué, ni un incendio?..
CARLOS. (Mordiéndose los labios y conteniéndose.)
Incendio?... ni aun eso ha habido.
COND. Pues á que se siente usted
se le condena, en castigo,
con tal que de entretenernos,
cual siempre encuentre camino.
CARLOS. Por lo ménos á intentarlo
obediente me resigno.
(Sentado entre la silla de Luz y el piano.)
COND. Se habrá estado usted en casa
y Madrid no ha recorrido?
CARLOS. Oh! perdone usted, señora.
Á las doce habia visto
ya al corregidor...
LUZ. (Con viveza.) Mi encargo?...
Conque no echó usté en olvido?...
CARLOS. Yo olvidar cosa tan grave?
LUZ. Y pudo usted conseguirlo?
CARLOS. En el acto se acordó
como lo habia pedido.
El árbol que á usted impide
la vista, pasa á otro sitio,
y allí se pondrá uno nuevo,
que tardará cuatro ó cinco
años en poder dar sombra.
LUZ. De tan insigne servicio,
esta flor el premio sea...
(Poniéndole una flor, que se quita de la cabeza, en el ojal del frac.)
Si permite mi marido...
CARLOS. Ya está hecho... (Riéndose.)
DIEGO. Si está hecho...
¿qué remedio?—Lo permito.
CARLOS. Á la una, averiguando
andaba lo del vestido. (Á Laura.)
COND. (Á Luz.)
No te acuerdas de aquel traje

que llevó la de Castillo
al baile de la embajada?

LUZ. Y nadie supo decirnos
de dónde tela tan rara
venia.

CARLOS. Yo lo he sabido.

COND. Cómo?...

LUISA. Usted?...

CARLOS. Sí; de la India.

COND. Ella no quiso decirlo;
cómo se ha compuesto usted?

CARLOS. Yo tengo mis secretillos...

COND. Pues si hay que ir hasta la India
para tener el vestido!...

CARLOS. Yo vuelvo ya... (Dále una muestra.)

COND. Qué?... la muestra!...
Conque podré conseguirlo?

CARLOS. Mañana, antes de las doce,
lo tendrá usté aquí, de fijo.

LUISA. Esto es mágia!

COND. No sé cómo
agradecer...

CARLOS. Oh!... (Esquivando las gracias.)
Prosigo.
Empleé el resto del dia
un poco en obsequio mio;
hice unas visitas; pero
no por eso eché en olvido
al Conde, que deseaba,
segun anoche nos dijo,
cierto prospecto... (Se lo da.)

COND. Ah! mil gracias!

CARLOS. Ni los billetes... (Dáselos á Luisa.)

LUISA. Oh! amigo!
¡qué memoria!...

CARLOS. Ni el retrato
de ese famoso bandido
que busca el señor de Pozo
há tiempo con tanto ahinco... (Dásele.)

POZO. Loco me he vuelto buscándole!...
Agradezco á usté infinito...

COND. Hoy para todos el sol

sin distincion ha lucido!
CARLOS. Por fin, á casa llegué,
despues de todo, á las cinco,
donde presencié una escena
cómica y nueva...
LUISA. No digo?
Oigamos la historia.
LAS SRAS. Sí.
CARLOS. Hay que advertir, que no he sido
actor en ella: yo era
solo del caso testigo.
LAS TRES. Oigamos. Diga usted.
CARLOS. Voy.
(Vuelve á ocupar su asiento.)
Aquí no hay riesgo en decirlo...
todas son casadas...
COND. (Algo alarmada.) Qué?
en escuchar hay peligro?...
CARLOS. Jamás, señora Condesa,
hay ese riesgo conmigo;
pero las niñas solteras
dar á entender he querido
que no eran indispensables.
LUZ. Oigamos.
CARLOS. Cierto individuo
casó con una señora
ya viuda, y al año, vino
la muerte á privarle de ella.
Examinar fué preciso
de la dama los papeles,
y entre ellos se encontró un lio...
toda la correspondencia
que siguió con otro amigo
la difunta.—Hecho una víbora,
furioso corre el marido
á retar al pobre amante,
que le escucha sorprendido.
—Matarnos los dos? Por qué?...
exclama, por qué motivo?
—Miserable!... de la honra
de mi esposa cuentas pido!—
En todo eso hay un error

lamentable!—Aquí está escrito!
No es esta letra?...—La mia;
pero esto no es del dominio
de usted. —Cómo no?—Las fechas
examinando, ha podido
convencerse de que, en caso,
era el anterior marido
el que tendria derecho
á ajustar cuentas conmigo.
Usted se casó hace un año;
esto ocurria hace cinco,
cuando el difunto aun vivia...
De manera, amigo mio,
que usted en ese negocio
ya ve que no toca pito.
El viudo volvió á liar
sus cartas, algo mohino;
pidió al galan mil perdones,
y al fin se marchó tranquilo,
puesto que el lance en cuestion,
si al cabo habia ocurrido,
fué mucho antes...

RIC. El caso
es nuevo, como usted dijo;
algo, sin embargo, habria
que observar.

CARLOS. Nada; el marido
no tiene derecho alguno...

RIC. (Que juega á las damas con D. Juan al otro lado del salon, tranquilamente y sin énfasis.)
Yo de ese modo no opino,
y, en su lugar, al asunto
le hubiera dado otro giro.
Al casarme con la viuda
era ya su honor el mio...
y, aunque por cuenta del otro,
matado hubiera á ese amigo.

CARLOS. (Sonriéndose y volviéndose tranquilamente para responderle.)
Si él se dejaba matar...
mas no hubiera consentido.

RIC. (Lo mismo, jugando.)

Contando con eso, yo
lo hiciera sin su permiso.

CARLOS. (Lo mismo.)
Si usted conociera un poco,
señor mio, al aludido,
sabria, que, si no hay hombre
en sociedad mas benigno,
es de los más peligrosos
cuando se juzga ofendido.

RIC. No le conozco en efecto,
ni tal amistad codicio
por lo que de él sé á juzgar.
Francamente, yo no estimo
al que así la indignacion
de un desdichado marido,
que de su honor pide cuentas,
osa poner en ridículo.

CARLOS. Muy puritano á la edad
de usted es eso, amiguito
y el comercio de la vida
con tal rigor, imagino,
que no se acomoda bien.
Si la risa suprimimos...

RIC. No es ese, ni mucho ménos,
por cierto el intento mio.
Quiero que el mundo murmure,
que se ria... de los *vicios*,
del *ridículo*, que ponen
su bien estar en peligro.

CARLOS. De que *vicios* quiere usted
hablarnos, de que *ridículos*?...

RIC. De esos á que culto dan
hombres, que, cual ese amigo
de que tratabamos, creen
que viviendo divertidos,
con cuantas obligaciones
la vida tiene han cumplido.
Del *ridículo* evidente
de esos que, por egoismo,
á ser maridos, ni padres
no hay quien pueda reducirlos,
y que cual plantas parásitas,

á los placeres asidos,
lejos de todo deber,
viven en medio del *vicio.*

CARLOS. (Sonriéndose, como siempre.)
Muy bien.

RIC. Que nunca envejecen:
que á la edad en que, tranquilos,
con saludables ejemplos
deberian dirigirnos,
el repugnante espectáculo
nos presentan con cinismo,
del jóven que, de violentas
pasiones cede al instinto,
y del viejo, que del mal
la experiencia ha conseguido,
y que debiendo enseñarnos,
como hay derecho á exigirlo,
solo de ellos aprendemos
en vez de virtudes, *vicios.*

CARLOS. (Pálido y conteniéndose de repente, al Baron.)
Baron! ya acabas de oir...
Eso va...

BARON. (Despertándose sobresaltado.)
Con quién?

CARLOS. Contigo.
Eh! ya puedes responder
á ese discurso tan lindo.

BARON. Me parece que es un poco...
yo no sé cómo decirlo.

CARLOS. (En pie.)
Yo si... muy moral... muy justo,
ingénuamente lo digo.
(Ricardo se levanta con viveza; todos hacen igual movimiento.)
Nada mas *impertinente*...
que esos que tienen prurito
de no vivir cual conviene
á su edad. Y hay infinitos!
Oh! lo que es yo en siendo viejo,
no, no me pondré en ridículo
de ese modo!

CONDE. (Ap.) (Incorregible.)

(Ricardo se acerca á las señoras. Los criados preparan el té. Laura se dispone á servirlo.)

CARLOS. (Solo en el proscenio con Mendoza y el Baron.)
Qué trae aquí ese mocito?

MEND. No sé... mas no me hace gracia.

CARLOS. Buenas cosas os ha dicho
á los dos.

MEND. Cómo! á los dos?...

BARON. Pues si yo hubiera creido!...

CARLOS. Ya sé que le pedireis
satisfaccion...

BARON. Sí, por Cristo!

CONDE. (En el foro á la derecha bajo á Juan.)
Vamos ahora nosotros,
este momento es propicio.

(D. Juan y el Conde se van al despacho, sin que lo noten. El Baron atraviesa la escena y dirige al espacio fieras miradas, creyendo que lo hace á Ricardo, que se ha dirigido á la chimenea, donde estan Luisa y Luz.)

MEND. (Deteniendo á Cárlos, que iba hácia el foro.)
Conque, en fin; no me dirás
ya por cuál te has decidido?

CARLOS. Por... no sé. ¿Y á qué escoger?
Por todas: ¿no es más sencillo?

MEND. Si, pero es que yo... obediente
tus consejos he seguido,
y comienzo á dirigir
contra una de ellas mis tiros...
Para que ocurrir no pueda
que los dos pongamos sitio
á una misma fortaleza...

CARLOS. Vuelves á tu amor antiguo?
La bella Luz?... y qué tal?

MEND. Hasta ahora solo ha habido
una cita.

CARLOS. Eso ya es algo.

MEND. Que pasaria me dijo
por el Campo Santo...

CARLOS. Cómo?...

MEND. Y allí estuve como un quinto
de centinela.

CARLOS. Y fué?
MEND. Sí,
pasó en coche y me hizo un guiño.
CARLOS. Vamos, no puedes quejarte;
veo que adelantas, chico.
MEND. Hoy me ha citado otra vez,
pero he equivocado el sitio,
y de dar tanto paseo
por el Prado estoy molido.
COND. (Que le ha preparado y le ofrece una taza de te.)
Señor de Mendoza!...
MEND. (Tomándola, va á sentarse á la derecha en la silla que ocupaba el Baron.)
Oh! Gracias.
Por fin tomaré tranquilo
el té... buena falta me hace....
CARLOS. (Solo en el proscenio, á la izquierda mirando al despacho. Ap.)
(Se van yendo los maridos,
pero no sé cómo echar
de aquí á ese pollo maldito...)
(Viendo al Baron que coge con disimulo su sombrero.)
Te vas?
BARON. Chist! Sí, voy á ver
si en silencio me deslizo.
Voy á casa de Florina
á cenar.
CARLOS. Pues qué?... has reñido
con la otra?
BARON. No; está allí.
Vienes?
CARLOS. No; pero contigo
debes llevarte á don Diego...
BARON. Qué?... si está medio dormido.
(Señalando á D. Diego, que está dormido.)
No le ves allí?
CARLOS. Es que el pobre
se muere aquí de fastidio,
no le dejan respirar!...
Llévale, haz lo que te digo;
intimais... y la mujer...

Vamos, no niegues... yo he visto
que no la pareces mal.

BARON. (Jactancioso, mirando á Luisa, que está preparando una taza de té.)
Como que la he dirigido
hace poco unas miradas...
Con los ojos las fascino;
en mirándolas así...
(Se vuelve hácia donde estaba Luisa, que ha ido al foro, sustituyéndola Mendoza, que se acerca á echar rom y la mira amoroso.)

MEND. Oye, Baron! te prohibo
que me magnetices.

BARON. Ah!...
(Cárlos, á quien Laura ofrece una taza de té, se acerca á tomarla.)

LUISA. (Á Diego, presentándole una taza.)
No dirás que no te cuido...

DIEGO. Em?...

LUISA. Aquí tienes el té.

DIEGO. Tomar té!... no lo concibo
no teniendo indigestion.

BARON. (Á Diego, bajo.)
Yo sé un famoso específico
si es usted aficionado.
Hoy cenamos cuatro amigos...

DIEGO. Dónde?

BARON. En casa de la bella
Florina.

DIEGO. Sí?... de mi antiguo
(Se levanta precipitadamente.)
amor?... En un santiamen
me escurro por el pasillo
y abajo le espero á usted.

BARON. Pues allá voy... Esos cinco?...
(Dánse las manos.)
Tara, ra, ri... (Tarareando.)

DIEGO. (Por un rato
(Ap. escúrrese por la puerta del comedor.)
de mi consorte me libro.)

CARLOS. (Sentado á la derecha, tomando el té, ap. al Baron.)

Qué ha habido?

BARON. Que me le llevo
á... (Vuelve á faltarle la voz.)
no sé á dónde dijimos.

CARLOS. Hombre .. á casa de Florina.

BARON. Cierto: soy tan aturdido!... (Tararea.)
me escurro como una sombra.
(Váse despues de equivocar á Ricardo con Don Diego.)

CARLOS. (Y van cuatro.) Un gran servicio
(Á Mendoza.)
me puedes prestar.

MEND. Yo!... Cómo?

CARLOS. Marchándote..

MEND. Estoy rendido!

CARLOS. Busca un pretexto cualquiera
y vé á espararme... al Casino.

MEND. Es cosa tan importante?...

CARLOS. Sí, ya sabrás.

MEND. No replico.
(Á la Condesa, tomando el sombrero.)
Una cita en el teatro
he dado á cierto individuo...
Si usted, amable Condesa,
me quiere dar su permiso.

COND. Cómo no?

MEND. Gracias!... Señoras... (Váse.)

LUISA. Buenas noches.

CARLOS. (Y van cinco.)

COND. Pero Enrique no está aquí...
Dónde han ido, Luisa? Has visto?

LUISA. El Conde?... está en su despacho...

LUZ. Sí... se entró con mi marido.

COND. Y ni el té han tomado!... Enrique!
(Llamándole, á la puerta.)

CONDE. (Asomándose á la puerta entreabierta, con un papel en la mano, y en ademan inquieto.)
Perdóname... te suplico...
un negocio de importancia.

COND. Pero, qué tienes? Dios mio!

CONDE. Oh! déjame: aquí con Juan
estar solo necesito. (Desaparece.)

COND. Pero dime...
POZO. (Aparece en lugar del Conde.)
Ahora, imposible.
LUZ. (Se levanta alarmada.)
Tambien misterios el mio!...
COND. Dime al ménos... (Insistiendo.)
CONDE. (Dentro.) Cierra pronto.
POZO. Perdone usted... (Cierra.)
COND. No concibo
qué podrá ser...
LUZ. (Oh! Sin duda
sospechará!... Le habrá visto
ayer en el Campo Santo!...
Todo lo ven los maridos.
No quiero que aquí me encuentre.
Como me he comprometido
por recogerle las cartas!...)
(Á la Condesa.) Perdóname... No resisto
la jaqueca...
COND. Y qué?... Te vas?...
No esperas á tu marido?
LUZ. No: tú le dirás... adios.
COND. Adios... y siento infinito... (Despidiéndola.)
LUZ. Gracias. (Váse.)
LUISA. Por qué le habrá dado
de repente ese capricho?...

ESCENA VI.

CARLOS, la CONDESA, LUISA, RICARDO.

CARLOS (En el foro, apoyado en la chimenea y mirando á Ricardo que hojea la música.)
(De seis nos hemos deshecho.
El pollo es el que me resta...)
COND. Qué negocio tratarán
que hasta han cerrado la puerta?...
(Sin dejar de mirar á la del despacho.)
LUISA. Y yo que no reparaba
de mi marido la ausencia...
Se habrá marchado?...

CARLOS. Hace rato...
pero no esté usted inquieta,
con el Baron ha salido.

LUISA. Dónde?...

CARLOS. Tengo así una idea,
me parece que al teatro...

LUISA. Cómo!...

CARLOS. Sí; á dar una vuelta
entre bastidores...

LUISA. Cielos!
Y lo dice usted con esa
frescura!... Precisamente
donde ménos conviniera!...

RIC. Quiere usted que vaya yo?...

LUISA. Tráigale usted de una oreja!
marcharse al teatro!...

RIC. Voy...
(De paso puede que vea
á Blanca.) Descuide usted,
pronto estoy con él de vuelta. (Váse.)

LUISA. (Corriendo tras de él.)
Pero tome usted mi coche;
así va usted más de priesa.

ESCENA VII.

CONDESA y CÁRLOS.

CARLOS. (Hace como que trata de tomar el sombrero para marcharse. La Condesa escuchando á la puerta.)
Siete y ocho...

COND. Se va usted?

CARLOS. Si la señora Condesa
no manda otra cosa...

COND. Ahora...
si usted un momento espera,
podrá dar las buenas noches
á mi marido, que es fuerza
que salga ya de su encierro.

CARLOS. (Con suavidad y dejando el sombrero.)
Aunque esté hasta que amanezca,
yo la haré á usted compañía.

COND. Qué será? Usted no sospecha
lo que puede ser?

CARLOS. Yo no...

COND. Oh! para que así proceda
grave causa debe haber.

CARLOS. No; de cualquier vagatela
misterios hacerse suelen.

COND. (En el foro y mirando á la puerta.)
No lo creo; no, no es esa
su costumbre.

CARLOS. Pero usted,
señora, está muy inquieta...
se pone usted mala?...

COND. No.

CARLOS. Mas con todo... bueno fuera...
Yo un poco de medicina (Tómala la mano.)
entiendo tambien.

COND. De veras?...
(Preocupada con la puerta.)

CARLOS. De cierta inquietud nerviosa
de que ahora da tales muestras,
ha tiempo que he sospechado
yo la causa verdadera.

COND. Creo que salen... (Escuchando.)

CARLOS. No; nada.
Sí: sí; á pesar de la extrema
ternura del señor Conde,
que es, y confesarlo es fuerza,
modelo de probidad
y dechazo de franqueza,
usted ¡ay! no es tan feliz
cuan lo merece, Condesa.
Y más culpa que él tal vez,
para no serlo, usted tenga.

COND. Culpa yo? ..

CARLOS. Sí; de un marido,
por más perfecto que sea,
(permítame usted decirlo,)
quien hay que á esperar se atreva,
esa fiebre, esa pasion
con que quizás usted sueña,
que el fuego de amor enciende,

y que el matrimonio hiela?...
Un marido, en fin, no es
lo que un amante...

COND. Oh! ya esta
tardanza no es natural!...
En llamar nada se arriesga...
Enrique!... (*Llama.*) Que son las doce.

CONDE. (*Dentro.*) Bien: ya falta poco... espera.

CARLOS. (*Con viveza.*) Ahí está de lo que digo,
sin más tardanza, la prueba.
Un hombre á quien usted llama,
y de ese modo contesta!

COND. (*Va á sentarse á la mesa.*)
De tal importancia puede
que el asunto tal vez sea...

CARLOS. Más que amar á usté?... El primero
soy yo en ensalzar las prendas
del Conde, en hacer su elogio...
Pero, ni acaso sospecha
la dicha que al cielo debe.
Hoy... responde con tibieza...
mañana, tanta beldad
mira con indiferencia...
y pasado... ese tesoro
tan codiciado desprecia!...
Y triste y abandonada
gemirá la esposa tierna!...
Pero yo estoy aquí...

COND. (*Repite maquinalmente.*) Usted...
aquí?...

CARLOS. Para protegerla,
para libertarla á usted
de los riesgos que la cercan.
Jóven, desgraciada, hermosa,
á sus pies vengo á ofrecerla
un afecto... una amistad
tan profunda, tan discreta...
que de su vida, tan solo
conocer querrá las penas,
para buscarlas alivio.
Una mirada, una seña...
acudir me harán solícito

cuando necasario sea.
Y, á un solo gesto, prometo
librarla de mi presencia.
Nadie del misterio dulce
que su mismo encanto aumenta,
nadie de este intenso fuego
podrá ver ni aun en las pavesas...
Y de marido y de amante,
sin las locas exigencias,
tendré, del uno, el respeto,
del otro, la pasion ciega!...

COND. (Se vuelve y le mira.)
Pero una declaracion
me está usted haciendo en regla.

CARLOS. Declaracion... de amistad.

COND. De amistad!... mas... Oh! la puerta...
(Repentinamente asaltada de una idea.)
que da al pasillo, tal vez...
Perdone usted... me interesa...
(Váse precipitada por la primera puerta del foro izquierda.)

CARLOS. (Solo, muy desconcertado.)
No está en sazon. Me ha dejado
á la luna de Valencia!...

ESCENA VIII.

BLANCA, D. CÁRLOS.

Ábrese la puerta del foro y se ve á Blanca quitarse el abrigo y entregárselo á una doncella.

BLANCA. Puede usted volverse, sí...
Cómo! el señor de Toledo!... (Viéndole.)

CARLOS. Señorita!...

BLANCA. Solo aquí?...
Pues Laura y mi hermano, dónde?...
Llego del teatro!... (Con aire de triunfo.)

CARLOS. Ahora
salió de aquí la señora
Condesa á llamar al Conde...

BLANCA. Ha visto usté el Trovador?...

(Seña afirmativa de D. Cárlos.)
qué música!... no es verdad?
Que orquesta!... y la sociedad?...
aquello es encantador!

CARLOS. Y eso que usted no podia (Mirándola.)
ver la que allí descollaba
entre todas.

BLANCA. Dónde estaba,
pues, que yo no la veia?...

CARLOS. (Mirándola cada vez con más intensidad.)
Era, entre las flores mil
que allí ostentan su hermosura,
la que aventaja en frescura
á cuantas produce abril.
No la conoce usted?...

BLANCA. No...
pero usted me lo dirá...

CARLOS. Hola!... disimulo ya?...

BLANCA. Vamos; ya caigo... soy yo?...
(Ábrese la puerta del foro y aparece Ricardo. Blanca, al verle corre á él con alegria.)
Usted, Ricardo?... agradable
sorpresa!

CARLOS. (Ap. con enojo.) Otra vez aquí!

RIC. (Mirando á D. Cárlos.)
Y es más de lo que creí
mi presencia indispensable,
segun veo...

BLANCA. Ya sabremos...
Verá usted cuánto placer
tendrán en volverle á ver
todos en casa!...

CARLOS. Nos hemos
visto ya...

BLANCA. Sí?...

ESCENA IX.

DICHOS, LUISA, y la CONDESA.

LUISA. Y mi marido?

RIC. No he dado con él, señora

LUISA. Ah!

LAURA. Y el mio, que una hora
lleva en su cuarto metido!...

RIC. (Que prosiguió hablando con Luisa.)
Y qué mejor ocasion?...
Pues saldrá, segun infiero,
(Con intencion á Cárlos.)
conmigo este caballero,
de la casa del Baron
las señas darme podrá.
(Cárlos se inclina sin responder.)

LUISA. Oh! Sí: á ver si entre los dos ..
Búsquenle ustedes, por Dios!

CARLOS. Pronto se le encontrará:
yo respondo.

BLANCA. (Tendiéndole la mano.) Ricardito,
hasta mañana?

RIC. Vendré.

CARLOS. (Saludando.)
Señoras!... (Ap. mirando á Blanca.)
(Linda es á fe.)
(Ellas saludan á Ricardo.)
Despues de usted.

RIC. (Que no aparta de él la vista le obliga á salir delante.)
No permito.
(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon muy elegante de casa de hombres solos. Al foro, en medio, la puerta de entrada; un balcon á cada lado en tercer término; en segundo, una puerta á cada lado, la de la izquierda, del cuarto de Cárlos, la de la derecha conduce al piso superior, donde se suponen los del Baron y de Mendoza, y da á otra escalera, que baja á la calle. En primer término á la izquierda, chimenea, delante de ella, un *vis-à-vis* y á su lado una butaca; á la derecha una papelera y un confidente inmediato á ella, frente al público.

ESCENA PRIMERA.

LORENZO, PEDRO, MENDOZA.

Al levantarse el telon, aparece Lorenzo tendido en el sofá y Pedro en pie, hablando con él, apoyado en el respaldo.

MEND. (Por la puerta de la derecha; baja de su cuarto, tiritando de frio, embozado en el tapa-boca, con el sombrero calado hasta los ojos y las manos metidas en los bolsillos del gaban.)
Uf! qué frio!... y no hay arriba, (Sin verlos.)
para abrirme, ni un criado!...
En cambio todas las puertas
abiertas veo aquí abajo...

Siempre en casa de hombres solos...
no estando en ella los amos...
Pedro!... (Viéndole.)

PEDRO. Señor!...

MEND. Aquí estabas!...
No puedo entrar en mi cuarto,
y tú... durmiendo?...

PEDRO. Señor...
es que estaba cepillando
al compañero...
(Cepillándole con furia.)

MEND. Celebro!...
Y en la sala de don Cárlos?...
Atiza esa chimenea;
pronto, un par de leños, vamos!
(Se sienta en el *vis-à-vis* frente á la chimenea.)

PEDRO. Al instante.
(Tomándolos de la leñera y los echa en la chimenea.)

MEND. Es que hace un frio!
Dime; ¿aun no se ha levantado
tu amo? (Á Lorenzo.)

LOR. Creo que no.

MEND. Y tú qué haces aquí, zángano? (Á Pedro.)
Las once de la mañana
y sin arreglarme el cuarto!...

PEDRO. No pude....

MEND. Basta de réplicas,
y ve á hacer lo que te mando. (Váse Pedro.)

LOR. (En pie con importancia.)
Si me fuera permitido...

MEND. (Volviéndose con las tenazas en la mano.)
Qué es eso?... Á usted quién le ha dado
vela en este entierro?...

LOR. Yo...
Sé que ese pobre muchacho (Prosiguiendo.)
no ha podido entrar...

MEND. Pues cómo?

LOR. Porque en el sofá acostado
está, y no hay quien le despierte,
el caballero...

MEND. (Atizando la lumbre.) (Ya caigo:

don Diego.) Y dices que aun duerme?

LOR. Pues si llegó en un estado
cuando anoche le trajeron!
La cena que le hizo daño.

MEND. Que significa? (Volviéndose.)

LOR. Oh! venía
completamente achispado,
y ese recado llevé
yo al señor Conde...

MEND. (Mirándole estupefacto.) Hay escándalo
como este? Y así se atreven
á hablarnos ya los lacayos!

LOR. Á Pedro se lo decia
yo: si vieran nuestros amos
de ese modo á sus sirvientes!...

MEND. Basta ya de comentarios!...
la comparacion me gusta!...

LOR. Me parece...

MEND. Basta!

LOR. Callo.

(Inclinándose, se dirige al foro, y ya en la puerta se vuelve.)

Si apareciese yo así
en presencia de don Cárlos,
seguro estoy de que...

MEND. (Mirándole.) Fuera
de aquí!... no has oido? Largo!

(Váse, haciendo una inclinacion respetuosa.)

Qué campaña!. . Hasta los huesos
el frio me ha penetrado.

(Arreglando el fuego.)

Ni encender el fuego saben
estos malditos criados...
Qué pais! y hay quién sostiene
que iguales son á los amos!...

ESCENA II.

MENDOZA, D. CÁRLOS, sale de su cuarto por la izquierda.

CARLOS. Lorenzo!... (Al salir.) Qué veo!... tú
levantado tan temprano?...

MEND. Ya ves... Y qué frio, chico!
(Tendiéndole la mano.)
CARLOS. No es extraño: está nevando.
Vas á salir?
MEND. No, que vuelvo.
CARLOS. (Cogiendo cartas y periódicos, que hay sobre la papelera)
Hola! mucho has madrugado!...
y dónde has ido?
MEND. Al Retiro,
y he vuelto por el Botánico.
CARLOS. Pues has dado un buen paseo...
MEND. Un paseo?. . veinticuatro
lo ménos.
(Soplando la lumbre.)
CARLOS. Pero, qué idea?...
(Sentado en la butaca, junto á la chimenea, y frente á Mendoza.)
Á estas horas y nevando,
dejar la mullida cama?...
(Quitándose el tapaboca y el gaban.)
MEND. Buscaba un abrigo plácido;
pero equivoqué el camino
y en una nevera he dado.
Esa mujer!...
CARLOS. Otra cita?
MEND. Pues.
CARLOS. La misma?
MEND. ¿Y á quién diablos
se le habia de ocurrir
dar una cita en el Prado
hoy, y á esas horas? Anoche,
cuando de allí, mal mi grado,
hiciste que me marchara,
despues de esperar buen rato,
me volví á casa y hallé
este billete endiablado. (Lee.)
«Mi marido ha descubierto!...
«Las cartas que contestando
»escribí á usted de soltera,
»cuando aspiraba á mi mano,
»mañana al rayar el dia

»me ha de entregar en el Prado.
»Desde el Botánico á Atocha
»espéreme usted paseando.»

CARLOS. Bien; y se las has devuelto?

MEND. Cá! de esperar me he cansado
en balde, y no ha parecido.

CARLOS. Has corrido un buen bromazo!

MEND. Volveria su don Juan
á casa muy sosegado,
y aquellos remordimientos—
no sé de qué—se acabaron.
Por eso precisamente
estoy que me lleva el diablo.

CARLOS. Por qué?

MEND. Sin duda en su cama
tranquilo estaba, roncando
como un prior, el marido,
mientras yo expuesto en el Prado,
por complacer á su esposa,
á convertirme en carámbano.

CARLOS. Y eso está muy en el órden.

MEND. Eh? Pues quedamos medrados!
Seria el favorecido
él, el dichoso en tal caso;
y el ridículo, el imbécil
seria...

CARLOS. El amante; es claro.
(Va al proscenio.)

MEND. Yo?... Y para hacer tal papel
solteros nos conservamos?
Para vivir con sosiego
nunca quisimos casarnos,
y no se ha visto un marido
como yo zarandeado.
Vaya usté á la Castellana,
y voy: luego, al Campo Santo,
y corro allá.—Hoy es al Tívoli,
y mañana es al Botánico,
ó quizá al Campo de Guardias,
ó al Retiro, ó al teatro...
y vuelo á donde me cita...
Ah! yo la amaba... Insensato!

y solo en mí consistió
no ser dueño de su mano.
Preferí vivir tranquilo
y, lo confieso, fuí un bárbaro...
Ser su marido, era el único
modo de haberlo alcanzado.

CARLOS. (Se levanta y se acerca á él.)
Y entónces serias tú,
en vez de don Juan...

MEND. (Sobresaltado.) Canarió!...
(Tranquilizándose.)
Y qué?... no seria nada.

CARLOS. Bien; pues vamos á casarnos.

MEND. (Sorprendido.)
Se me figura algo tarde.

CARLOS. (Suspirando.)
Si? pues peor; porque entrambos
dejaremos este mundo
conociendo los encantos
de la mujer ya formada;
sí, amigo; pero ignorando
lo que hay de más tierno y suave
entre los seres creados:
la jóven honesta y cándida!

MEND. (Asombrado.)
Pensamiento más extraño!...

CARLOS. De gracias pueriles, castas,
alguna vez has pensado
lo que esas tempranas flores
ocultan para hechizarnos?
Si un dia llegan á amarte...

MEND. Vamos, te has enamorado
de una *polla*?...

CARLOS. Y por qué no?

MEND. Piensas en uncirte al carro
de himeneo?

CARLOS. Mira, en eso
estuve reflexionando.

MEND. Misericordia!

CARLOS. (Volviéndose á la chimenea.)
Mas como
no lo juzgo necesario...

MEND. Cárlos, tú nada respetas;
nada hay para tí sagrado!
CARLOS. (Burlándose.) Eres un hombre notable...
Segunda edicion del Diablo
Predicador..
MEND. Es que yo...
La cosa es distinta. Al cabo...
CARLOS. Se trata de una casada:
hay un marido ultrajado
por medio, y eso es mejor?...
MEND. No; pero tienen sobrados
medios para defenderse:
contra tales adversarios
la guerra es de buena ley;
pero la inocencia, Cárlos!...
dime, el candor de una niña,
estan en el mismo caso?
CARLOS. (Talareando delante del espejo.)
La inocencia, eh?
MEND. Porque tú
con ella no has tropezado,
de la virtud dudar puedes?
CARLOS. (Vuelve á donde está Mendoza.)
Mira, más vale dejarlo.
Discurriendo de ese modo
nuestra vida condenamos.
Si de candor é inocencia
son las mujeres dechado,
tiempo ha que tú y yo un papel
bien triste representamos.
Tú y yo, sí; que en vez de estar
honradamente casados
con mujeres virtuosas,
creyendo que obramos cautos,
voluntariamente hacemos
esta vida de payasos.
MEND. Gracias.
CARLOS. Y el pobre Baron?
MEND. Anoche me dió cuidado,
pero acabó por dormirse.
CARLOS. Al fin debia esperarlo.
Qué casualidad llevó

á su poder el retrato?
MEND. Ella lo dejó caer,
y vieron en el respaldo
una cita á un tal Florencio
escrita con garabatos.
Quiso apoderarse de él
ella y no pudo lograrlo.
CARLOS. Y el Baron?
MEND. El pobrecillo
de asombro se quedó estático.
Mas al leer que su Nina
Mono viejo le ha llamado,
temieron...
CARLOS. Pura inocencia!...
Y quince años!... ¿Nos casamos?...
MEND. Pero esa...
CARLOS. Ven á almorzar,
que es lo que ahora hace al caso.

ESCENA II.

DICHOS, el BARON.

BARON. Muy buenos dias, queridos.
MEND. Muy buenos. ¿Qué tal te encuentras,
Alcibiades, de la tos?
BARON. La tos? Hoy no me molesta.
He tomado un baño ruso
y me encuentro hecho un atleta.
Oh! da una elasticidad
á los miembros... una fuerza!...
MEND. Sí... ya se conoce.
BARON. Estoy
tan ágil... tan... capaz era...
CARLOS. Basta mirarte. (Sonriéndose.)
BARON. Te ha dicho
Mendoza lo de esa pécora?
¿qué te parece?
CARLOS. Que nada
has perdido con perderla.
BARON. Es una ingrata! Escribir
ella de su puño y letra

que yo soy un mono viejo...
Nina! á mí!... quién lo creyera!
y tiene otro amante!... otro!...
Yo mono viejo?...

CARLOS. No almuerzas?
BARON. No puedo; voy á vestirme. (Váse.)
CARLOS. Y tú? (Váse.)
MEND. Voy...

ESCENA IV.

MENDOZA, PEDRO.

MEND. (Que se iba á seguir á D. Cárlos.)
Qué ocurre?
PEDRO. Ahí fuera
un caballerito jóven
pregunta con insistencia.
MEND. Por mí?
PEDRO. No, señor; á quien,
segun dice, ver desea
es al señor que está arriba
durmiendo.
MEND. No le detengas.

ESCENA V.

MENDOZA, RICARDO.

MEND. Tanto bueno por acá...
RIC. Está Luisa tan inquieta
por lo que ya se prolonga
de su marido la ausencia,
que me he brindado, en su nombre,
á dar á usted la molestia...
MEND. Esa señora y usted
honra insigne me dispensan...
Pero... (Invitándole á tomar asiento.)
RIC. Mil gracias. Deseo
saber...
MEND. Sí... cómo se encuentra
el buen don Diego?... Durmiendo
arriba en quietud perfecta,

desde que aquí le trajimos,
y por cierto no da señas
de despertar.

RIC. Es decir
que no tiene otra dolencia
que la que usted en su carta
decia?

MEND. Tan solo esa.
Perdida ya la costumbre
de asistir á francachelas,
donde se hacen siempre excesos,
¿qué extraño es que no estuviera
muy sóbrio? Al verle llegar
nos fué el acostarle fuerza,
sin pensar que en tal estado
ir á su casa pudiera.

RIC. Y tres meses de casado!...
Tres meses tan solo lleva!...

MEND. Calcule usted lo que hará
despues, si esto es cuando empieza.

RIC. En fin, pues tranquilo duerme...

MEND. El sueño de la inocencia...
Pero si usted quiere verle...
(Invitándole á que suba.)

RIC. Esas señoras me esperan
y á tranquilizarlas vuelvo.

MEND. Ah! de paso bueno fuera
que enviaran otra ropa
para que mudarse pueda.

RIC. Pues?...

MEND. Nada; un faldon del frac
se le ha alargado una tercia.

RIC. Bien, yo lo diré. Mas temo,
si los criados se enteran...
Yo mismo, si su señora
consiente, puedo traerla.

MEND. Me parece más prudente.

RIC. Aquí estoy antes de media
hora.

MEND. Bien; y si usted gusta
volver por esta escalera,
(Indicándole la de la derecha.)

que da á otra calle, evitamos
que con la ropa le vean.
Esta casa...

RIC. Tantas gracias.

MEND. Es de usted.

RIC. Hasta la vuelta.

(Se saludan, le acompaña á la puerta de la derecha y permanece en ella viéndole bajar la escalera.)

ESCENA VI.

PEDRO, MENDOZA, DOÑA LUZ.

Sale Pedro por el foro, solo, siguiendo con la vista á las personas que salen por la otra puerta; en seguida hace seña á doña Luz, que aparece vestida de negro y con el velo echado.

MEND. (Cierra la puerta de la derecha sin ver á Luz, que así que entra hace seña al criado para que los deje y cierre.)
Pues se ha marchado, tranquilo,
si al cabo almuerzo veré?
Vamos allá... Mas qué es esto?
(Luz se le interpone, descubriéndose dramáticamente.)
Señora!... cómo!... aquí usted?. .

LUZ. Yo, á quien usted compromete!
Sí: todo lo sabe!...

MEND. Quién?

LUZ. Mi marido!... y pues no queda
otro medio que escoger,
vengo á que muramos juntos!

MEND. (Da un salto.) (Vaya un medio.) Pero qué
ha sucedido?

LUZ. (Con risa irónica.) Que el cielo
es justo... sí; sí lo es!
castiga cual lo merece
la falta de esta mujer!

MEND. (Vuelta á los remordimientos!...)

LUZ. Y quise romper con él...
Dígalo la fatal carta
que mi perdicion va á ser!

MEND. Una carta? (Alarmado.)

LUZ. En que al Retiro (*Sin aliento.*)
le citaba á usté otra vez...
MEND. Uf!... (*Tirita, recordando el pasado frio.*)
LUZ. Para que me entregase
las que aun tiene en su poder...
y esa carta... la he perdido!
MEND. Dónde?
LUZ. Estoy loca!... no sé...
Acababa de escribirla,
y cuando ya iba á poner
el sobre, entra de repente
Blanquita, á quien envié
á buscar para ir á compras.
Me turbo... no sé qué hacer.
Porque la carta no vea
bajo el guante la oculté...
Salgo á la calle, pensando
darla á un mozo de cordel...
Fuí á la *Villa de Paris*,
y á la de *Lion* despues,
y á la *Exposicion de Lóndres*...
Hallo allí un mozo por quien
enviarlo... busco en vano
el malhadado papel!
Me quito este guante... nada:
me quito el otro tambien...
vuelvo al coche, lo registro...
y nada... no doy con él.
Á casa! grito al cochero:
subo á mi cuarto, y al ver
mi agitacion la doncella:
«Es una carta, tal vez,
me dice, que aquí olvidada
al salir se dejó u sted
sobre la consola?—«Y dónde?...
dí, qué ha sido de ella, qué?
—«No hay que apurarse; la tiene
el señor en su poder.»
—Mi marido?—«Ahora de aquí
salia con un papel
en la mano...»
MEND. (Esto ya es serio!)

LUZ. Al coche, donde dejé
á Blanca, vuelvo corriendo.
Digo que tengo que ver
á un médico en esta casa.
Subo, y al poner el pie
en esta morada lúgubre,
que va nuestra tumba á ser...
MEND. (Canario!)
LUZ. Respiro al fin!
Que lleven disponga usted
á Blanca á su casa. Abajo
está en el coche. Despues,
que los criados se alejen
y acabemos de una vez.
Muramos juntos los dos!
MEND. (Vaya una mania!)
LUZ. Y qué?...
este hombre no me comprende?
MEND. Oh! sí; comprendo muy bien.
LUZ. Ya prevenido el veneno... (Sacando un pomo.)
MEND. (Está dada á Lucifer!)
(Quítaselo y lo arroja á la chimenea.)
Tire usted ese brevaje...
LUZ. No quiere morir!...
MEND. No, á fe.
LUZ. Y yo dar mi mano quise
á tan despreciable ser!...
Piensa usted que yo culpable
en vivir consentiré?
MEND. Culpable!... Lo que es conmigo...
LUZ. No me contradiga usted!
Harto de serlo me acusa
remordimiento cruel.
MEND. Miente ese remordimiento.
LUZ. Cobarde!
MEND. Yo!...
LUZ. Sí; lo es
quien al vil miedo se tuerce.
Ay! valiente solo fué
para hacer que una infeliz
olvidára su deber!
MEND. Pero si usted no ha olvidado...

LUZ. No, á Dios gracias. Pero ¿y él?
lo creerá, cuando tiene
esa carta en su poder?

MEND. Y quién asegura que era
la carta y no otro papel
el que en la mano tenia?
Él pudo escribir tambien...
usted quizá en una tienda
pudo el billete perder...

LUZ. En una tienda!...

MEND. Quién sabe?...
En una de ellas, tal vez
al quitarse el guante, pudo
muy bien al suelo caer.

LUZ. En la *Villa de Paris*
el derecho me quité...
El otro en la de *Lion*.

MEND. Qué decia yo? Pues bien:
á la *Villa de París*
corriendo váyase usted,
yo á la *Villa de Lion*
vuelo á ver si doy con él,
y en la *Exposicion de Lóndres*
nos juntaremos despues.

LUZ. Quiera el cielo!...

MEND. Si querrá.
No hay que tardar. Salga usted!

LUZ. Por aquí no! (Por la puerta del foro.)

MEND. (Sorprendido.) Qué motivo?

LUZ. Blanca al salir me va á ver...
¿qué le digo?

MEND. Y es verdad...
En fin: yo lo compondré.
Salga usted por esa puerta;
(La de la derecha.)
tome un coche de alquiler...
Á esa niña se la dice
que aguardando más no esté.
Que á usted la detiene el médico...
La haré á su casa volver.

LUZ. Ah! si parece la carta... (Ya en la puerta.)
juro aborrecerle á usted!

MEND. El cielo quiera, en buen hora,
(Levantando los brazos al cielo.)
oir ese voto, amen!
(Coge el sombrero y llama.)

ESCENA VII.

MENDOZA, CÁRLOS, sale con el sombrero puesto.

MEND. Y yo pensaba almorzar!...
(Afanado cogiendo el gaban y el *tapa-boca*.)
CARLOS. Tambien tú sales?
MEND. Si salgo?...
Ya lo creo. Esa mujer...
CARLOS. Te cita de nuevo, acaso?
MEND. Peor. Me harás un servicio?
(Poniéndose precipitadamente el gaban.)
Este gaban condenado
no tiene mangas... (Buscándolas.)
CARLOS. (Ayudándole.) Acaba.
MEND. Blanca está aguardando abajo. (Con viveza.)
en su coche...
CARLOS. (Con asombro.) Blanca aquí?
MEND. Haz que la advierta un criado
(Sigue con suma rapidez.)
que el médico á Luz hará
esperar aun largo rato;
que no quiere detenerla,
y le ruega por lo tanto
que vuelva al punto á su casa.
CARLOS. Bien.
MEND. Yo corro como un galgo,
y si tropiezo un Simon,
y la cartita encontramos,
y ella me aborrece, todo
lo doy por bien empleado.
(Váse corriendo por el foro.)

ESCENA VIII.

CARLOS solo.

(Llama.) Aquí... La fortuna amiga

(Quitándose con precipitacion y poniendo su sombrero sobre un mueble.)
hoy á mi casa la trajo!
Estaba sin duda escrito...
(Á un Criado que ha salido.)
Baja á la calle de un salto:
dirás á una señorita
que está en su coche esperando,
que la señora de Pozo
la ruega que suba. Vamos!
(Váse corriendo el criado.)
Ah! si de este corazon
(Solo, agitado sonriéndose delante del espejo.)
creyera el fuego apagado...
la agitacion que ahora siente
pruebas da de lo contrario!...
Tres minutos!... qué impaciencia!
(Mirando la hora en su reloj.)
Ya tarda!... Se habrá negado
á subir?... Me habrá entendido?...
el criado?... Siento pasos
(Escuchando con grande ansiedad sentado delante de la chimenea.)
(Se levanta.) en la escalera... su voz!...
es ella!... no me he engañado!
(Se retira al foro, de modo que Blauca no le vea al salir.)

ESCENA IX.

CÁRLOS, BLANCA.

CRIADO. (Abriendo la puerta del foro.)
Aquí, señorita...
BLANCA. (Sale tranquilamente.) Aquí?
Pero y Luz, que no la veo?...
(Cárlos hace seña al Criado, que obedece y se retira.)
CARLOS. Si en mi compañia quiere (Presentándose.)
esperarla aquí un momento,
Blanquita...
BLANCA. Señor don Cárlos!... (Gozosa.)

Luz me dijo que á su médico
venia á ver. Es usted?... (Riéndose.)

CARLOS. Su amigo; en ese aposento
inmediato está el doctor.
Que fuese larga temiendo
la consulta, porque usted
no la espere tanto tiempo...

BLANCA. La verdad es que hace frio...
y, aun aquí mismo, lo siento.

CARLOS. Echando bien las cortinas
y estando cerca del fuego...
(La invita á que se aproxime á la chimenea.)

BLANCA. Sí; no es mala precaucion,
(Viendo á D. Cárlos cerrar las cortinas de su cuarto.)
porque corre un viento fresco...
(Sentada delante del fuego.)
Con que larga la consulta
ha de ser?

CARLOS. (De pie, delante de ella á la izquierda.)
Y no lo siento.

BLANCA. Yo tampoco.

CARLOS. Mientras dura,
si entretenerla á usted puedo...

BLANCA. Pues no ha de poder, quien tiene
reconocido talento?...

CARLOS. Opinion tan lisonjera...

BLANCA. (Con ingénua alegria.)
Lo digo como lo siento...
y ciertamente, de todos
de igual manera no pienso.
(Cogiendo un objeto pequeño de encima de la chimenea.)
Qué juguete tan precioso!...
no he visto nunca... ¿qué es esto?

CARLOS. De china me lo han traido.

BLANCA. Qué bonito!...

CARLOS. Mas volviendo
á lo que decia usted;
su juicio es tan lisonjero
para mí... que si yo fuese
capaz de tomarlo en serio...

BLANCA. Y por qué no? Yo no digo

nunca más que lo que creo.

CARLOS. Y si yo, Blanquita hermosa,
la dijera lo que pienso?...

BLANCA. Qué?

CARLOS. Que es usted adorable!...

BLANCA. Yo diria que hay en eso
exageracion... Tambien
(*Reparando en uno que hay sobre una consola.*)
es chinesco ese florero?

CARLOS. Sí; tambien.—Quiere decir
que de oirlo, segun eso,
no se ofenderia usted?...

BLANCA. Ofenderme? no por cierto;
que me tengan por amable,
ingénuamente confieso
que me agrada.

CARLOS. (*Con viveza y pasion.*)

CARLOS. Sí: y de todos
los encantos con que el cielo
ha dotado á usted, Blanquita,
no son los que brillan ménos...
la inocencia y la franqueza
de ese semblante sereno.

BLANCA. (*Reparando en uno que hay á la derecha.*)
Que significa ese cuadro?

CARLOS. Le gusta á usted?

BLANCA. Es tan negro!...

CARLOS. En ser antiguo, quizá,
consiste todo su mérito.

BLANCA. Esa será la razon...
Gusto poco de lo viejo.
Pero mi curiosidad
perdone usted, se lo ruego.

CARLOS. Yo perdonar, señorita,
una gracia de su sexo?

BLANCA. Y opinará usted lo mismo
de otro defecto que tengo?

CARLOS. Defecto usted?

BLANCA. La impaciencia.
Cuando estaba hace un momento
esperando á Luz abajo
y tardaba tanto tiempo...

ya no sabia qué hacer
y de subir formé intento.

CARLOS. Por qué no llevarlo á cabo?

BLANCA. Eso hubiera sido bueno
á presumir yo que aquí
tendria tan buen encuentro.

CARLOS. Ah!

BLANCA. Que, aunque usted no es casado,
y á visitar á solteros
no pueden ir las señoras...
Amigo, hoy el aprenderlo
me cuesta una reprimenda...

CARLOS. Cómo?

BLANCA. Nada. Proponiendo
que de paso que saliamos,
y sin dar ningun rodeo,
fueramos á convidar
á comer á un caballero...
Bah! pero usted le conoce,
á Ricardito...

CARLOS. En efecto...

BLANCA. Como la fonda está un paso...

CARLOS. En una fonda, comprendo...
en una casa como esta...
aquí es distinto...
(Invitándola á sentarse en el sofá de la derecha.)

BLANCA. (Se sienta.) Sí; y luego...
al fin y al cabo, él, es jóven...

CARLOS. Esa distincion... (Detrás del sofá.)

BLANCA. Sí, cierto:
una insigne tonteria
iba á decir; lo confieso.

CARLOS. Acaso á un hombre más jóven
temiera usted más?

BLANCA. No entiendo.
¿Qué habia de temer yo?

CARLOS. Quién sabe?... Todos tememos,
y... una niña como usted
que ahora sale de un colegio...

BLANCA. Pues allí es donde aprendí
á no tener nunca miedo.

CARLOS. Ah!

BLANCA. Sí; y al fin en la calle
hay tal ruido, tal estruendo...
los carruajes, tanta gente!...
¿quién no se aturde con eso?
Pero estando en esta sala
y con usted... no comprendo...
CARLOS. No comprende usted?... (Lo finge?...)
BLANCA. No tal; y saber deseo...
CARLOS. (Con viveza.)
Nada; tiene usted razon.
No hay que temer, en efecto,
y especialmente conmigo.
BLANCA. Sin embargo... ahora recuerdo...
He notado algunas veces...
que hablan con cierto recelo
de usted.
CARLOS. Ah!
BLANCA. Sí; y por lo tanto
esta ocasion aprovecho
de interrogar á usted mismo
sobre el asunto.
(Le hace sitio en el sofá para que se siente á su lado.)
CARLOS. Prometo
responder ingénuamente;
empiece usted, pues.
BLANCA. Empiezo.
¿Por qué decia mi hermano
el otro dia, respecto
de usted: es hombre temible;
muy peligroso?...
CARLOS. Y es eso?...
BLANCA. No he concluido: ese juicio
me pareció muy severo.
Solo son los criminales
peligrosos, y no creo
que usted sea...
CARLOS. Criminal,
señorita?... No, por cierto.
Y era su hermano de usted?
BLANCA. Mi hermano; y como no quiero
tener la duda menor

de las personas que aprecio...
CARLOS. Quiere usted saber?...
BLANCA. Es claro.
CARLOS. Por *peligroso* entendemos
un hombre amable...
BLANCA. Y usted
lo es, en verdad, con extremo.
CARLOS. Que agrada á las damas.
BLANCA. Bien.
CARLOS. Y saca partido de eso.
BLANCA. Cómo!... que saca partido?...
Á ver, á ver... que no entiendo...
CARLOS. Ah! usted?... (Se estará burlando,
ó no ha entendido en efecto?)
BLANCA. Que saque partido, es justo;
¿por qué motejarle, siendo
honrado fin el que lleva?
CARLOS. Y si hay sus dudas en ello?...
Quizá la gente no cree...
BLANCA. Hé ahí lo que yo no puedo
sospechar de usted siquiera.
CARLOS. Pues algo tiene de cierto.
BLANCA. Cómo!... Á ver, explique usted...
CARLOS. Que infeliz en galanteos
no he sido, dice la fama.
BLANCA. Ya oí decir, con efecto...
CARLOS. Ah! Lo habia usted oido?
BLANCA. Que ha sido usted en sus tiempos
muy dichoso.
CARLOS. Esto es: dichoso
en amores.
BLANCA. (Interrumpiéndole con viveza.)
Ya comprendo.
CARLOS. (Ah! por fin!...) (Con viveza.)
BLANCA. (Recapacitando.) Y sin embargo
permanece usted soltero?...
No; no es lo que yo pensaba.
CARLOS. No es lo que usted?...
BLANCA. No por cierto.
Ser en amores dichoso,
es, vivir con el objeto
amado... Como mi hermano

con su mujer, por ejemplo.
Es, con la persona amada,
hacer de este mundo un cielo,
dichoso vivir con ella...

CARLOS. (Interrumpiéndola.)
Está bien; pero... no es eso.

BLANCA. No?

CARLOS. Yo hablaba de... (Se detiene.)

BLANCA. De qué?

CARLOS. (Esa mirada... ese acento
de inocencia me intimidan!)
Iba á decir... por ejemplo:
anoche al volver á casa,
ese semblante, hoy sereno,
de entusiasmo, de emocion,
lanzaba tales destellos!...

BLANCA. La música, el espectáculo
hicieron en mí un efecto!...

CARLOS. De otra armonia más suave
se trata, que acaso en sueños
haya usted oido...

BLANCA. No.

CARLOS. Ni la adivina usted?

BLANCA. Ménos.

CARLOS. Posible es que ni pasado
haya por su pensamiento
lo que un hombre como yo
puede esperar... de...

BLANCA. Acabemos:
¿de qué?... Malo debe ser
lo que sigue, segun veo,
pues que no se atreve usted...

CARLOS. Malo?... Al contrario; muy bueno;
encantador!... (No comprende.)
Oh! sí, sí; y en prueba de ello
mi mano vacila trémula...
yo mismo, agitado, inquieto...
al lado de usted, Blanquita...

BLANCA. Pero, ¿qué está usted diciendo?

CARLOS. (Balbuciente: intimidado por su mirada y sin saber ya lo que dice.)
Yo... que... (Otra vez su mirada,

que me deja frio... yerto!)
Queria... mas no sé cómo...
Ese encanto... ese sosiego
que todo mi ser conmueve
y que... ya lo está usted viendo,
hiela la voz en mis labios...
quisiera hablar y no puedo...
Quisiera... y de esa mirada
cándida el violento efecto,
de mi osadia ha triunfado,
como nadie logró hacerlo.
(Me estoy poniendo en ridículo...
no sé qué digo... no veo!...)

BLANCA. (De pie, inquieta.)
Dios mio! qué tiene usted?

CARLOS. (Huyendo sus miradas; con violencia.)
Y me pregunta qué tengo!...
Aun á comprender no alcanza
que aquí á sus pies está viendo
á un hombre, que nunca tuvo
más ley que su pensamiento...
y cuya ardiente pasion...

BLANCA. Oh! ya voy teniendo miedo!...

CARLOS. Tiene miedo! (Con aire de triunfo.)

BLANCA. Por usted...
que en un estado le veo...

CARLOS. (Con desaliento.)
Por mí?... Es por mí!... (No comprende!...)

BLANCA. (Un poco apartada de él.)
Y no sé si llamar debo...
Qué tiene usted, que me mira
así?

CARLOS (Siempre conmovido, despues de contemplarla un instante en silencio.)
La miro á usted, cierto...
Ah! permita que mirándola,
preguntar pueda á los cielos
si es del mundo esa inocencia
y ese candor que aquí veo.
Permítame que á esos pies
(Deslizándose hasta caer de rodillas ante ella.)
humildemente cayendo,

rinda el debido tributo
á la virtud que venero.
Y pues capaz de adorar
tanta inocencia me encuentro,
no soy como lo creia,
ah! no; no soy tan perverso!

BLANCA. Una lágrima!... usted llora?

CARLOS. Sí... sí; de arrepentimiento,
(En pie, con conviccion.)
que me salvará!...

BLANCA. Salvar!...
De qué?

CARLOS. Decirlo no puedo...
Quizá un dia, no lejano...
Ahora de este aposento
salga usted sin detenerse...
(Abre de par en par la puerta de la derecha.)
Huya de aquí... se lo ruego!...

BLANCA. Huir!... sola?... Y Luz se queda?...

CARLOS. No... de aquí salió hace tiempo.

BLANCA. Sin mí?

CARLOS. Ya le explicará...
mas vuélvase usted corriendo
á su casa... y sobre todo,
evite con grande esmero
que de aquí salir la vean.

BLANCA. Tambien hay peligro en eso?... (Alarmada.)

CARLOS. Oigo ruido en la escalera!...
(Escuchando por la derecha.)
Por aquí... (La puerta del foro.)

BLANCA. Pero...

CARLOS. (Precisándola á salir por el foro.) Al momento,

BLANCA. Adios!

CARLOS. Adios, hija mia!

BLANCA. (Ya en la puerta.)
Hija!... oh! qué grato recuerdo!

CARLOS. Se fué! Qué tarde he sabido
que hay tales mujeres, cielos!

ESCENA X.

CÁRLOS, MENDOZA, RICARDO.

Óyese ruido y voces de los dos, que salen por la escalera de la derecha, y por fin se precipitan en la escena. Ricardo violentamente, recorriendo la estancia, y desprendiéndose de Mendoza, que no puede contenerle.

MEND. Oh! quién le contiene!...
RIC. Solo!...
Y ella, se marchó!
CARLOS. (En el foro.) Qué es esto?
Entrar en mi casa así!...
RIC. Parado á la puerta viendo (Pálido y trémulo.)
el coche de la Condesa,
me informa este caballero
de que estaba cierta dama
aquí...
CARLOS. Y aunque fuera cierto?...
RIC. Esa dama, cuyo nombre
pronunciar aquí no debo,
se hallaba—no tengo duda—
há poco en este aposento...
Quizá al entrar yo, salia...
CARLOS. Y sabré con qué derecho
osa usted interrogarme?
RIC. Con qué derecho?... Primero,
afirme usted por su honor
que Blanca de aquí, há un momento
no ha salido?...
CARLOS. En gracia solo
del estado en que le veo,
diré á usted, que solo yo
(Ricardo le mira, no sabiendo si darle crédito.)
estaba, cuando... Qué es eso?
LOR. La señorita al salir...
(Sale por el foro.)
RIC. Ah! (Ricardo se lanza á coger lo del sofá.)
LOR. Se dejó aquí el pañuelo.
(Cárlos se anticipa, lo toma friamente y se lo entrega

á Lorenzo, sin separar la vista de Ricardo.—El criado se va.)

RIC. Usted falta á su palabra!
(Ahogándose de cólera.)
Pero yo salgo á su encuentro...
la veré... (Quiere lanzarse.)

CARLOS. (Atravesándose en la puerta.) No!

RIC. (Mendoza le contiene.) Miserable!
Te mataré.

CARLOS. Ya veremos.
Pero lo que es verla á ella...

RIC. Ah! por esa puerta puedo!...
(Reparando en la de la derecha, váse corriendo por ella.)

MEND. (Cuando se quedan solos.)
Es Blanca la que salia
de este cuarto, con efecto?

CARLOS. (Mirando por el balcon.)
Partió el coche!... Se ha salvado!
Por primera vez procedo
como hombre honrado, y me cuesta...
ya por lo ménos un duelo!

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

La misma decoracion. Es de noche. Un quinqué encendido sobre la papelera: delante de la chimenea una mesa llena de papeles con una bugia encendida. La papelera abierta y los cajones en desórden. Cartas, legajos de papeles, etc.

ESCENA PRIMERA.

D. CÁRLOS, sentado en el sofá á la mesa y cerrando una carta.

Las cinco son ya... Y la lumbre
se ha apagado. Siento frio!...
(Cogiendo otro papel.)
Esto?... sí; para don Diego,
que sigue arriba dormido.
Pues la suerte me permite
que pueda hacerle un servicio...
No olvidemos... una vez
que sirvo á un pobre marido...
(Rompe y echa al fuego varios papeles.)
Por más costumbre que tenga
un hombre de desafios,
la noche anterior á un lance
jamás la pasa tranquilo.
Al fin nuestros ascendientes,

siempre con la espada al cinto,
al resplandor de un farol,
sin cuidar mucho del sitio,
tiraban de la tizona
y... negocio concluido.
(Con amargura.)
Así de reflexionar
se evitaban el fastidio.
Este malhadado duelo
volver me hace á los antiguos
hábitos, cuando á olvidarlos
estaba ya decidido.
(Mirando al sitio en que estuvo sentada Blanca.)
De aquella inocente niña
el poderoso atractivo!...
(Suspirando.)
Y matar á un pobre jóven
que la adora me es preciso,
si es que á morir á sus manos
humilde no me resigno!...
Qué vida!... qué sociedad!...
qué mundo en el que vivimos!...
Volvamos á mis papeles.
(Registrando legajos.)
Escrituras y recibos,
arrendamientos.—Nos vamos
(Atravesando el teatro para llevar unos legajos á la papelera.)
haciendo viejos. Bien dijo
Mendoza. ¡Qué diferencia!
En mi último desafio,
cuatro años há, nada de esto
se me hubiera á mí ocurrido.
(Cerrando un cajon.)
Y hoy... arreglo mis negocios,
quemo papeles, los lio...
Y bien mirado, ¿á qué viene?
Solo!... sin mujer, sin hijos...
Solo, como aquí, en el mundo!
(Con amargura.)
Y si vuelvo á casa herido,
nadie habrá á mi cabecera,

nadie mi postrer suspiro
recogerá si fallezco!...
(Acaba el pensamiento por medio de un gesto y varia de tono.)
Triste fin!... Yo lo he querido.
Y cuando á acabar así
nos lleva, fuerza es decirlo,
no es de envidiar el talento
de quien como yo ha vivido.
Solo!... y de tantas mujeres
amadas?... estos vestigios!
Cartas... frases que ya el tiempo
habrá acaso destruido...
Juraban eterno amor...
cualquiera dirá lo mismo...
(Con un puñado de cartas en la mano.)
Esta... la primera, á ver:
(Abre y lee una.)
«Ah! lo que es el amor mio
decir aquí no es posible...»
—Lo de siempre; ¿no lo digo?
«Un dia, acaso... allá, cuando
todo haya ya concluido...»
—Vamos, esta admite un fin...
Ni la letra... ni el estilo...
«Y ni recordar mi nombre
pueda ya hacer lo que escribo...»
(Deteniéndose.)
En efecto... y no la firma!...
(Recorriéndola.)
Nada; por más que cavilo...
Pobre mujer! Y con ella
acaso hubiera yo sido
feliz... Ni fecha tampoco...
(Mirándola á la luz.)
Por el sello... no adivino...
Y ya ¿á qué? Un remordimiento
con no saberlo me evito.
(Deja la carta sobre la mesa.)

ESCENA II.

D. CÁRLOS, D. DIEGO.

DIEGO. (Por la puerta de la derecha, medio aturdido, con el gaban al brazo y reconociendo la estancia.)
En dónde diablos estoy?
CARLOS. (Que arregla el fuego, volviéndose.)
Hola! Don Diego!... ya en pie?...
DIEGO. Su casa de usted?
CARLOS. Sí á fe.
Y vamos, qué tal?
DIEGO. Va voy
descansando.
CARLOS. Se ha dormido?
DIEGO. Un ratito... Ah! ya comprendo...
La cena me hizo tremendo
efecto... habia bebido
un poco, y para evitar
que á casa volviera así...
CARLOS. Nos le trajeron aquí.
DIEGO. Bah! pues me voy á marchar
(Despues de ver que está parado su reloj, dándole cuerda y poniéndole en hora.)
antes de que... y ¿qué hora es?
CARLOS. Las seis.
DIEGO Bien: ya he discurrido
disculpa. Que se ha perdido
mi cochero y que despues
me ha tenido rodeando...
CARLOS. Desde antes de anoche?...
DIEGO. No.
Desde anoche. Hombre, si yo
salí cuando estaban dando
la once...
CARLOS. Del martes tres
de noviembre.
DIEGO. Bueno, vamos...
CARLOS. Y como hoy á cinco estamos...
DIEGO. Á cinco?
CARLOS. Y es jueves... pues...
DIEGO. Cómo?... Miércoles no ha habido

esta semana?
CARLOS. Sí tal;
pero por gracia especial
para usted se ha suprimido.
DIEGO. Conque desde antes de ayer?...
CARLOS. No ha dejado de dormir.
DIEGO. Y ahora, qué la he de decir
cuando llegue, á mi mujer?...
CARLOS. Ya de su parte han venido
con cuidado á preguntar...
DIEGO. (Aterrado.) Eso más! Voy á pasar
en casa por un perdido!
CARLOS. (Sentado en el sofá de la derecha.)
Mucho lo temo...
DIEGO. Y á mí
ni por la imaginacion
me pasaba... Fué el Baron
el que me incitó. Ya allí...
Florina... cena maldita!
Me amenazó con hacer
que llegara á mi mujer
una obligacion escrita
que firmar me hizo en mal hora.
Si yo un dia me casaba,
formalmente me obligaba
á pagar á esa señora
cincuenta duros al mes.
Tres hace que me he casado,
y como nada la he dado,
se empeñó en cobrarlos... pues...
y yo en no pagar.
CARLOS. Es mal
negocio, señor don Diego.
DIEGO. Nada: ella pide... yo niego...
CARLOS. Y usted pagará.
DIEGO. No tal.
CARLOS. Presenta esa obligacion
y da un escándalo...
DIEGO. (Convencido.) Ah! sí!
Si yo no hubiera ido allí.
Ese maldito Baron!...
Y en fin, si hubiese pasado

buen rato... pero, reñir,
achisparme y...

CARLOS. Es decir
que está usted escarmentado?...

DIEGO. Que si estoy?... Ni ya Florina
es lo que antes... ha perdido!...
pintada y... me ha parecido,
de noche y todo, una ruina.
Pues y las demas?... qué fachas!...
qué beber y qué fumar!...
y qué empeñarse en pasar
las cotorras por muchachas!...

CARLOS. Y usted con mujer tan bella!...

DIEGO. Qué diferencia, eh?

CARLOS. Tambien
se lo dicen á ella...

DIEGO. Quién?
Oh! quién se lo dice á ella?

CARLOS. Los que andan alrededor.

DIEGO. Los que andan?... de mi mujer?...
eso es grave... Á ver... á ver?...
Conque hay quien, eh?...

CARLOS. Sí señor.
Y yo el primero.

DIEGO. Si fuera
eso cierto, cara á cara
usted no me lo contara...
al ménos, de esa manera.

CARLOS. Pues sírvale á usted de aviso.
Ó á vivir con su mujer
cumpliendo con su deber
ya decidirse es preciso,
ó esa vida licenciosa,
siempre en cenas y en orgias
siga en esas compañias,
y expóngase á que su esposa...

DIEGO. Oh!

CARLOS. Una gran resolucion
hay que tomar, y de prisa,
ó verá en manos de Luisa
parar esta obligacion.
(Enseñándole el papel de que antes habló.)

DIEGO. La mia!... Y cómo aquí está? (Leyéndola.)
CARLOS. Mi dinero me ha costado.
DIEGO. Qué rasgo!... usted me ha salvado!...
CARLOS. Pues esto se romperá.
DIEGO. Ahora mismo...
CARLOS. Lo que dice
lea usted bien. (Dándoselo para que lea el sobre.)
DIEGO. «Este pliego
será entregado á don Diego...
CARLOS. (Continuando la lectura.)
«El dia en que se bautice
su primer hijo.»
DIEGO. Esos cinco...
Un chico como un ternero
va á ser. Venga mi sombrero,
y á mi casita de un brinco.

ESCENA III.

DICHOS, el BARON, en traje de baile, arrugado, algo alegre, sale tiritando: se le conoce la mala noche: tararea y tose.

BARON. Tú, tú, tú... Conque ya listos
todos en la casa?... bravo!
tú, tú, tú...
CARLOS. De dónde sales,
vestido de punta en blanco,
á estas horas?
BARON. De pasar...
qué noche!... qué noche, Cárlos!
tú, tú, tú...
(Tararea y le da un acceso de tos.)
DIEGO. Qué diablos tiene?
BARON. Nada... un poco de cansancio... (Tiritando.)
De subir los escalones,
como siempre, cuatro á cuatro.
DIEGO. Por eso tirita usted?
BARON. La sangre que se ha agolpado
con una vivacidad...
CARLOS. Sí, la savia!...
BARON. Me das algo

que tomar? Una copita
(Cárlos señala una licorera que hay sobre una consola, D. Diego le da una copa de Jerez y un bizcocho.)
de jerez, á ver si aplaco...
tú... tú... Esta vivacidad (Cárlos le sirve.)
me tiene, así, deslumbrado.

CARLOS. Que por poco no te caes...
(Sosteniéndole los dos.)

BARON. No tal.

CARLOS. No ves que estás malo!
De dónde vienes?

BARON. Si vieras
qué noche! Ha sido un encanto...
y mi Nina allí hecha un ángel.
Nina! Cómo!

CARLOS. No ha acabado
eso ya?

BARON. (Mojando y comiendo el bizcocho.)
Bah! si ahora empieza.

CARLOS. Pues y el lance del retrato?...
y el llamarte *mono-viejo*?

BARON. (Risueño y masticando.)
Si todo me lo ha explicado.
El *mono-viejo*, allí estaba...
Es su maestro de canto
que la hace el amor... un facha...
(Riéndose.)

CARLOS. Y qué explicacion ha dado
de su amor á aquel Florencio?

BARON. (Sentándose á la izquierda en el sillon, casi frente al público.)
Decia Florencia.

CARLOS. Ah! vamos.

BARON. Florencia, es una vecina
que vive en el cuarto bajo...
Ella misma me lo ha dicho...
Me siento tan animado
esta mañana! tú, tú...
(Se queda amodorrado en su asiento.)

DIEGO. (Á Cárlos, despues de haber contemplado ambos al Baron en silencio.)
Qué cosas se cree este cándido!...

CARLOS. Pues, mirarse en este espejo,
y si usted sigue sus pasos...
DIEGO. Nada!... corriendo á mi casa! (Aterrado.)
Á más ver.
(Váse, gritando al Baron, que se despierta sobresaltado.)
BARON. Se me ha olvidado...
lo que iba á decir... no sé...

ESCENA IV.

CÁRLOS, el BARON, MENDOZA.

MEND. (Que sale por la derecha, á Cárlos.)
Tan temprano levantado?...
Y tú tambien? (Al Baron.)
BARON. (Tarareando.) Tú, tú, tú.
MEND. (Al Baron.) Pues hay ya que prepararnos,
porque se acerca la hora.
BARON. Sí, sí... por eso he dejado
á Nina... que hoy nos batimos...
tú, tú, tú...
MEND. Pues ve á tu cuarto
y ponte un traje más propio.
BARON. Me vestiré para el caso.
MEND. Anda pronto...
BARON. Tú, tú, tú...
MEND. Y vuelve á escape.
BARON. No tardo.
(Váse, haciendo gorgoritos, por la puerta derecha.)

ESCENA V.

D. CÁRLOS, MENDOZA.

CARLOS. Qué habeis decidido?
MEND. Anoche
en que os batierais quedamos.
Te busqué para decírtelo;
pero te habias marchado...
CARLOS. Me fuí al Casino.
MEND. Ya sé;

quise aguardarte en mi cuarto;
mas como la última noche
no dormí lo necesario,
y el dia con los malditos
amores fué agetreado...
resistir no pude al sueño
y me eché á dormir un rato.
Mandé que cuando llegases
me llamaran, y el criado...

CARLOS. No tuvo la culpa: yo
se lo impedí. Aquí charlando
la noche pasado hubieramos
como se hace en tales casos,
y que era mejor juzgué
que durmieramos entrambos.

MEND. Hoy os batis.

CARLOS. Lo esperaba
(Mostrándole los papeles.)
como ves... y... sin embargo
lo siento; ese pobre jóven
ningun motivo me ha dado
para odiarle. Ama á la chica,
sabe que ha estado en mi cuarto.
se arrebata... es natural.

MEND. Y de suerte lo ha tomado
que toda conciliacion
intentar ha sido en vano.
En nosotros no cabia...
Sus padrinos se aferraron...

CARLOS. (Interrumpiéndole.)
Á propósito: ¿y á quiénes
por padrinos ha nombrado?

MEND. Á don Juan Pozo y al Conde...

CARLOS. Al Conde!... á su propio herman

MEND. Como tú, lo extrañé al punto;
pero luego... me he tomado
la libertad de abrir este
billete de don Ricardo;
como era urgente...

CARLOS. Bien hecho.
Y cómo explica?... Veamos.
(Tomando el billete: lo lee.)

«Deseando prevenir la extrañeza que pudiera causar á usted la eleccion de mis padrinos, voy á explicar aquí las razones que la disculpan á mi entender. Amen de que no veo inconveniencia alguna en que sea el Conde del Álamo testigo de un duelo, en que por tanto entra la honra de su familia, es acaso el único amigo que en Madrid tengo, y hubiera tal vez concebido alguna sospecha si de él no me hubiera valido en este lance. No necesito decir que ignora completamente el verdadero motivo de nuestra querella, que he supuesto haber ocasionado una disputa, que acerca de caballos hemos tenido. Supongo que usted apreciará en su valor las razones que han dictado mi conducta, y que secundará una discrecion de que me dió ejemplo primero.»

Tiene razon... Es un jóven
tan discreto como honrado.

MEND. Yo ya le he dicho á don Juan,
que tú, ciego partidario
de los caballos ingleses...

CARLOS. (Doblando la carta y volviendo á colocarla en el sobre.)
Los detesto...

MEND. Para el caso...
En fin; que te desmintió
estándolos tú elogiando...
(Cárlos va á meter la carta en uno de los cajones de la papelera y se detiene mirándola. Momento de silencio.)

CARLOS. El mismo...

MEND. Qué?...

CARLOS. (Mirándolo con más atencion.) Es singular!...

MEND. Observas el sobre acaso?

CARLOS. (Con mayor cuidado y muy sorprendido.)
No, el sello!...

MEND. El sello?...

CARLOS. Sí: dame
(Sin dejar de mirarlo.)

una carta que he dejado
sobre la mesa.
(Le indica la que dejó anteriormente, cuando estaba solo.)

MEND. Esta? (Va á la mesa por ella.)

CÁRLOS. Sí.

(Mendoza le lleva la carta; Cárlos coteja los sellos de las dos.)

Son iguales?... no me engaño,
no es verdad? Mira, compara. (Con viveza.)

MEND. Iguales... no hay que dudarlo.

CÁRLOS. Pero entónces... no comprendo...
Y tú?

MEND. Primero, sepamos
de qué persona es la carta...

CÁRLOS. De una mujer que me ha amado...

MEND. Pero de cuál?

CÁRLOS. No recuerdo.

MEND. Será cosa antigua?...

CÁRLOS. Claro.

MEND. (Tranquilamente.)
En fin... tampoco hay motivo
de alarmarse... porque al cabo
un sello ¿qué prueba? nada.

CÁRLOS. El mismo blason, es raro...

MEND. (Mirándolas.)
Verdad es... y armas notables...
Corona!... es un poco extraño...

CÁRLOS. Juntarse hoy aquí estas cartas!...

MEND. Pero tú, no has sospechado
al ménos?...

CÁRLOS. (Muy agitado.) Nada, y por más
que lo procuro, no caigo;
una mujer!... pero cuál?

MEND. Á ver si atinas, al cabo.

CÁRLOS. Una mujer, á quien yo?...
víctima de algun engaño!...
Y ese jóven me provoca!...
¿No recuerdas que al marcharnos
se negó en casa del Conde
un dia á aceptar mi mano?
Antes de anoche notaste

que me habló con un sarcasmo?...
De una mujer que se venga
es obra?...

MEND. (*Con naturalidad.*) Si enamorado
está de Blanquita...

CARLOS. Cierto...
Oh! no; en esto hay, sin embargo,
algo que aclarar no puedo...
Yo lo he de saber.

MEND. Y cuándo?
Antes de batirse?...

CARLOS. Antes
sabré con quién salgo al campo;
porque de distinto modo
tratar debo á mi adversario:
de un celoso, me defiendo...
pero á un vengador, le mato!

MEND. Bien me parece ..

CARLOS. Á qué hora
dices que estamos citados?

MEND. Ya nos debemos marchar.

CARLOS. Esta letra... no: no caigo.
(*Dirigiéndose á su cuarto, y sin dejar de mirar la carta que tiene en la mano.*)
Floralba... Floralba!... nada.
(*Éntrase en su cuarto sin cerrar la puerta.*)

MEND. No te ocupes ahora... y vamos.
Y ese Baron, que no baja?...

ESCENA VI.

DICHOS, el BARON, cantando un aire guerrero, con espadas.

BARON. Aquí estoy ya pertrechado.

MEND. Sabes que puede ocurrir
tambien que tú y yo tengamos
que batirnos?

BARON. Eh? No sé
que eso jamás se haya usado
en España. Los padrinos
se están allí presenciando...

MEND. Quise ver si te asustaba.

BARON. Á mí? pues no lo has logrado.

ESCENA VII.

DICHOS, D. CÁRLOS, el CONDE, D. JUAN.

CARLOS. (Sale de su cuarto con el sombrero puesto y el gaban al brazo.)
Vamos, pues...
(Ábrese la puerta y aparece el Conde con Pozo y el Criado, en el momento en que Cárlos cierra la papelera.—Movimiento de sorpresa.)
Pero... ¿qué es esto?...
CONDE. Nada; un pequeño retraso.
Al salir para ir al sitio
que habiamos designado,
nos dicen, que de ejercicio
han ido allá los soldados,
y hemos creido oportuno
dirigirnos á otro lado.
Pongámonos, pues, de acuerdo...
MEND. Nosotros nos conformamos
con el que ustedes designen.
BARON. Sí...
CONDE. Podemos encontrarnos
en Carabanchel, y allí
veremos á dónde vamos.
MEND. Precisamente hay un sitio
á la derecha, bajando,
á propósito...
CONDE. (Saludando.) Señores...
MEND. Pues detrás de ustedes vamos.
CARLOS. (Deteniéndoles.)
Si el señor Conde me hiciera
el favor de oirme un rato,
antes de?...
CONDE. Con mucho gusto...
Solo que abajo esperando
está el señor de Floralba.
CARLOS. El nombre que usted le ha dado
es el suyo con efecto?
Se llama así don Ricardo?...

CONDE. Tal pregunta...

CARLOS. Es que ese nombre,
nuevo para mí, es extraño
tambien para mucha gente.
En todo Madrid no he hallado
quien me diga...

CONDE. Y eso prueba
contra mi amigo algo acaso?

CARLOS. Quién conoce á su familia?

CONDE. Usted sin duda ha olvidado
que yo su padrino soy,
y basta, señor don Cárlos,
esa circunstancia sola
para saber que es honrado...

CARLOS. Basta en efecto... Mas es
en un hombre de honor raro,
que un escudo que no es suyo
por armas haya adoptado.

CONDE. Escrúpulo singular,
que, por cierto, no esperábamos
en este momento crítico!...
Al ir á batirse, extraño...

CARLOS. Me he batido muchas veces;
mas nunca he salido al campo,
ni hoy saldré, sin saber antes
el nombre de mi adversario.

CONDE. Pero...

CARLOS. (Interrumpiéndole y enseñándoselo.)
Reconoce usted
ser este el sello que ha usado
siempre?

CONDE. Es el que le conozco.

CARLOS. De la familia, por tanto,
de Floralba?

CONDE. No señor.
Ese nombre lo ha tomado
de una posesion; no es
de familia.

CARLOS. (Con viveza.) En ese caso,
sabremos cuál es el otro,
el verdadero?...

CONDE, Ignoramos

cuál es... y esa es cuenta suya.
Llevar este es de su agrado,
por razones que él sabrá.

CARLOS. (Cada vez más nervioso.)
Entónces, con quién me bato?...

CONDE. Con el señor de Floralba.

CARLOS. Que ya hemos averiguado
no ser su nombre?... Cuál es
el verdadero?... Sepamos...

CONDE. Para tal revelacion
no estamos autorizados.

CARLOS. Ni yo, repito otra vez,
á batirme acostumbrado
con hombre á quien no conozco.
Ruego á ustedes, por lo tanto,
que consulten con su amigo...
Yo esperaré el resultado.

CONDE. Hácia mí directamente
puedo presumir que hay algo
envuelto en esa insistencia?...

CARLOS. Con usted, por el contrario,
lejos de excusar un lance,
me tendria por honrado...
sabria al fin que el sujeto...

MEND. (Mediando con prontitud.)
Dejemos ese altercado,
y vamos á ver, señores,
si hay medio de conciliarlo
todo...

CONDE. (Pónese á hablar con don Cárlos.)
Ese jóven, yo infiero
que no ha de tener reparo
en decir cómo se llama...
(El Conde y D. Juan se consultan.)

MEND. (Á D. Cárlos ap.)
Pero quieres obligarlos?...

CARLOS. (Id. á Mendoza, mirando el Conde y á D. Juan.)
Calla: hablarán y sabremos
lo que deseo.

CONDE. Pues tanto
empeño ha formado usted,
ya que mi amigo ha opinado

que haciéndolo á los deberes
contraidos no faltamos,
cuanto decir es posible
á decir á ustedes vamos.
(Colócase en el medio.)
Floralba es, como ya saben,
el nombre que don Ricardo
tomó de una posesion
en que, con él muchos años,
vivió su madre, apartada
de su marido.

CARLOS. (Con viveza.) Y por tanto
sería este mismo el sello
de su?...

CONDE. (Mirando el sello.)
De su madre. Exacto.

CARLOS. (Á Mendoza á media voz y muy agitado.)
Que te dije? una venganza
de mujer!... Un hijo acaso
que venga á su madre!...

MEND. Cálmate... (Ap. á él.)

CARLOS. Sí; ya me calmo... (Lo mismo.)
(Al Conde, cada vez más nervioso.)
De esa mujer... de esa madre...
el nombre?...

CONDE. No es necesario;
no sé qué interés...

CARLOS. Oh! inmenso!
(Con fuerza.)
Sí... sí... su nombre!... sepamos!...
Su madre era?...

CONDE. (Á él solo.) La marquesa
del Valle...

CARLOS. La?... que he escuchado!!...
Inés!!...

CONDE. Así se llamaba.
(El baron y Mendoza, en segundo término, al otro lado del sofá. Pozo á la derecha, un poco apartado. Cárlcs y el Conde solos en el proscenio.)

CARLOS. (En la mayor agitacion.)
Yo la casa he frecuentado
precisamente en la época...

Mas, cuando se separaron
no tenia hijo ninguno...

CONDE. Ninguno.

CARLOS. Estoy enterado
de esa historia... Y el amante,
cuyo nombre es un arcano...

CONDE. Y bien culpable por cierto!...

CARLOS. La víspera del escándalo,
con otra mujer á Francia
salió de Madrid, fugado...
y ese hijo?...

COND. Que nació,
segun su propio relato,
seis meses despues...

CARLOS. (Con gran ansiedad.) Y es!...

CONDE. Él;
nuestro amigo...

CARLOS. (Apartándose á la derecha.)
Cielo santo!!

ESCENA VIII.

DICHOS, RICARDO aparece á la puerta del foro, movimiento de D. Cárlos, que se contiene y le mira, procurando dominar su conmocion.

RIC. (Á sus padrinos, sin volverse á D. Cárlos.)
Ustedes dispensarán,
Señores; mas recordarles
debo, que el tiempo se pasa...
Que ocurre?...

CONDE. Dificultades
que el señor ha suscitado.
(Señalando á D. Cárlos.)
Nos hace preguntas tales...

RIC. (Adelantándose y mirando fijamente á D. Cárlos.)
Preguntas?...

CARLOS. (Mirándole ap.) Ah! bueno y noble! ..

MEND. (Acercándose á Cárlos ap.)
Qué tienes?

CARLOS. (Bajo á Mendoza.)
Nada... (Ap.) (El no sabe...

no comprende... él!... hijo mio!...)

RIC. (Que ha hablado con sus padrinos, á Cárlos.)
Ya que de todo á enterarle
se han prestado estos señores,
salgamos si á usted le place.

CARLOS. (Sin saber lo que dice.)
Salir?... y á qué?

CONDE. (Estupefacto.) Á qué!... á batirse.

CARLOS. Yo!... con él?... con él un lance?...

CONDE. Se niega usted, por ventura?

CARLOS. Me niego, sí...

RIC. Cómo!...

MEND. Sabes,
Cárlos, lo que dices? (Á Cárlos.)

CARLOS. Sí;
pretendes, dí, que yo mate
á ese niño?... (Con ternura.)

RIC. Es que este niño
sabrá modo de obligarle!...

CONDE. Perdone usted... Á nosotros (Conteniéndole.)
fuerza será que declare
el señor...

POZO. Tan singular
conducta!...

CONDE. Por qué negarse?

CARLOS. Por qué?

RIC. Sí.

CONDE. Por qué motivo?...
que debe de ser muy grave,
para que un hombre de honor
que ha recibido un ultraje,
teniendo ocasion, se niegue
con las armas á vengarle?...

CARLOS. Es cierto... fuerza es decirlo:
pues sí, sí; me niego al lance,
porque...

RIC. Porque tiene miedo!...
(Entre sus dos padrinos, terminando la frase.)

CARLOS. Miedo!!... (Con explosion.)

RIC. Porque es un cobarde!...

CARLOS. Cobarde!... no: porque soy...
(Pronto á abrirle los brazos.)

RIC. (Á pesar de los esfuerzos de sus padrinos para contenerle.)
Con las mujeres, infame!...
y cobarde con los hombres!

CARLOS. (Ah! no me deja que acabe!...)
(Ap. aterrado.)

RIC. Para obligarle á batirse (Cada vez más colérico.)
á la cara hay que arrojarle
el desprecio que me inspira?...

CARLOS. (Á Mendoza, desesperado.)
No... no: decidle que calle!

RIC. (Á pesar de los esfuerzos del Conde para que calle.)
Aquí, para seducirla,
ha arrastrado el miserable!...

CARLOS. Ah! no es verdad! Por mi honor...

RIC. (Logrando desasirse de sus padrinos y prorumpiendo en una carcajada.)
Por el honor de un infame!...

CARLOS. (Herido en el corazon.)
Oh! basta!... no más!... sacadle!...

RIC. (Creyéndole decidido al fin á batirse.)
Por fin!!... el placer tendré
de beber su inícua sangre!...

CARLOS. (Ap. mirándole con espanto y pesar.)
(Ah! cómo piensa de mí!
y yo que iba á declararle!...)

CONDE. Acabemos de una vez:
insiste usted en negarse?

CARLOS. Insisto, sí: no me bato.
(Con dolorosa resignacion.)

MEND. Qué dices?

CARLOS. Nada: dejadme!
dejadme!
(Cae desesperado en el sofá de la derecha.)

MEND. Explícate al ménos...

CARLOS. Nada oí, nada... llevadle ..
por Dios, lleváosle pronto!
(Silencio.—Los padrinos se miran asombrados.—Al cabo se vuelve el Conde á Ricardo y le dice:)

CONDE. Ya no hay más que retirarse.
(El Conde y Pozo se dirigen pausadamente al foro, llevándose á Ricardo, que despues de dar algunos

pasos se vuelve trémulo de cólera concentrada, y se dirige á D. Cárlos, que está sentado y ocultando el rostro entre las manos.)

RIC. Conque no hay medio ninguno?...
no hay ofensa?... no hay ultraje?...

CARLOS. Ya ven que á nada respondo... (Anonadado.)
Ah! por caridad! dejadme!...

RIC. Yo juro que ya encontré
medio eficaz de obligarle!...
(Frenético le levanta la mano.)

CARLOS. No!... desgraciado!... eso no...
(En pie, deteniéndole con la mano y con el gesto, dolorosamente conmovido.)
llevadle de aquí! sacadle!...
(Ricardo le mira, como asombrado por su mirada y se deja llevar por sus padrinos.)

MEND. Y le dejas ir?... No has visto?...
le dejas que así se marche?...

CARLOS. Calla! es mi hijo!... (Á media voz.)

MEND. (Lo mismo.) Tu hijo!!...

CARLOS. Sí!... que ha vengado á su madre!
(Mendoza, al oir la declaracion de Cárlos, hace seña al Conde para que lleve á Ricardo, que estaba ya á la puerta del foro y nada oye de cuanto se ha dicho.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

La misma decoracion del segundo acto.

ESCENA PRIMERA.

LUZ, la CONDESA, D. JUAN.

La Condesa, á la derecha, trabajando junto á un veladorcito. Luz, á la izquierda, junto á ella.—D. Juan Pozo, en el foro, sentado á la chimenea, recorriendo un periódico.

LUZ. (Á la Condesa.)
Conque al fin se decidió
á volver el caballero?
COND. Esta mañana á las siete.
Naturalmente, durmiendo
estaban todos en casa,
cuando entró el señor don Diego,
tiritando y muy contrito,
de Luisa en el aposento.
Ella fingió que dormia,
y el cuitado, no sabiendo
si atreverse á despertarla,
adoptó el temperamento
de agarrar un taburete,
y en él, de guardarla el sueño,
sentado al pie de la cama,

como un verdadero reo.
LUZ. Y Luisa en tanto?...
COND. Observaba
con los ojos entreabiertos,
y al verle tan compungido,
no pudo aguantar más tiempo
y soltó una carcajada.
LUZ. Despues de lo cual, ya entiendo
que reñirle era imposible?...
COND. Nada se pierde por eso.
Y á poco que la mujer
haga, sacará provecho...
LUZ. Oh! de él hará un buen marido,
que Luisa tiene talento.
Y á propósito: no observas
(Bajo á ella, y mirando con disimulo á su marido.)
que ha cambiado por completo
el mio, en estos dos dias?
COND. Que ha cambiado?... Yo no advierto...
¿Pasa entre vosotros algo?...
LUZ. Nada.
(Ap., mientras la Condesa busca unas lanas para su bordado.)
(Pero ese silencio
tan obstinado!... oh! la carta!...
no saber si ha descubierto!...)
(D. Juan tose: ella se estremece.)
COND. (Suspirando.)
Ay Luz, si vieras el mio!...
Ese sí!...
LUZ. Pues si es tan bueno!...
COND. Ah! que soy muy desgraciada!
No sabes cuánto padezco!
Ya no me ama, amiga mia... (Llorando.)
LUZ. Figuracion... Yo no creo...
COND. Pasó, para no volver,
su amor!
LUZ. (Con viveza.) Pero... ¿has descubierto?...
COND. (Levantando los ojos al cielo: le estrecha la mano.)
Nada; y esa es mi desdicha.
LUZ. Te juro que no comprendo...
COND. Dos dias há, que me oculta

con gran cuidado un secreto!
Él!... que jamás para mí
los tenia en otro tiempo!

LUZ. Pobrecilla!... y no sospechas?...

COND. No; nada... y me desespero.
Tú puedes, querida amiga, (Levantándose.)
prestarme un servicio inmenso.
Tu marido es sabedor
del malhadado secreto.
Es preciso que, por él,
á descubrirlo lleguemos.
Ah! te deberé la vida!

LUZ. Bien... mas .. no sé cómo hacerlo.

COND. Sí: si te empeñas, sabrás...
Él viene... luego hablaremos...

ESCENA III.

DICHOS, el CONDE.

CONDE. (Sale de priesa y se dirige alegremente á D. Juan.)
Ah! tú aquí? Celebro mucho...
Y Lucecita? Muy bien:
supongo que con nosotros
comerán?...

POZO. (En pie.) No puede ser.

CONDE. Sí tal: no admito disculpas.

LUZ. Es que...

CONDE. Necesito de él;
tambien cuento con Ricardo...

COND. (Bajo y con viveza, á Luz.)
Acepta, y así tal vez
sabremos...

LUZ. Si usted se empeña
de ese modo...
(Se levanta, y va á dejar á la izquierda su sombrero.)

CONDE. (Á Pozo.) Conque?...

POZO. Bien...

CONDE. Y tú, Laura, cómo estás?
(Acércase á ella cariñoso, y le toma la mano.)

COND. Yo!... Jesus y qué interés

te tomas por mí!...

CONDE. Lo extrañas?

COND. Sí; porque no creo en él.

CONDE. Te he dado acaso motivo
para que dudes?...

COND. Tal vez.
En fin, si quieres que pueda
en tu cariño creer,
dime...

CONDE. Qué?

COND. (Atrayéndole á sí con cariño y muy bajo.)
Lo que me ocultas
hace dos dias ó tres.

CONDE. (Riéndose.)
Volvemos á las andadas?...

COND. (Lo mismo, deteniéndole.)
Dímelo, y te adoraré!...

CONDE. Pues que tal empeño tienes
ese secreto en saber,
y en decirlo ya no hay riesgo...
Se trata...

COND. Al fin lo sabré!

CONDE. El lindo porta-moneda,
regalo de mi mujer
en el dia de mi santo,
se me perdió...

COND. (Desconcertada.) Y eso fué?...

CONDE. Pero por fin pareció.
Habia dentro en papel
seis mil duros...

COND. (Picada.) Ya!... y por eso?...

CONDE. Que yo destinaba á hacer
este regalo á mi Laura...
(Saca un estuche con un aderezo.)

COND. Qué aderezo!... y yo pensé...
(Le abraza.)
¿me perdonas?... Mira, Luz...
(Enseñándoselo gozosa.)
Pero si no puede ser;
me engañas... hay otra cosa...

CONDE. No; la verdad te conté.
Juan te lo dirá; pregúntale...

COND. Te atreves á sostener
que de salir tan temprano
tuvo la culpa tambien
el porta-moneda?

CONDE. Oh! eso...
fué por otra causa.

COND. Ves?...
(Con mucha viveza.)
Dime, por Dios, qué negocio...

CONDE. Hoy se trataba...

COND. (Lo mismo.) De qué?

CONDE. De un duelo.

COND. De un duelo?
(Movimiento de Luz, que observa á su marido.)

CONDE. Sí.

COND. (Abrazándole con el mayor cariño.)
Te ibas á batir? con quién?

CONDE. Yo no; Ricardo y don Cárlos.
(Por Pozo.)
Este y yo ibamos á ser
padrinos...

LUZ. (Sorprendida.) Ah! conque tú?...

COND. Sí, Luz; y dirán despues
que disimular sabemos
nosotras!... (Al Conde.) Y por qué fué?
El verdadero motivo
no está aun muy claro...

COND. (Picada.) Haces bien
en callarlo.

CONDE. Lo esencial
es que ya no hay que temer...

COND. Y á qué tomarse el trabajo
de que yo lo sepa?... Á qué?

CONDE. (Cariñoso, disculpándose.)
De los secretos agenos
no puede uno disponer...

COND. No; si no pregunto nada...
Yo no merezco... Haces bien.
¡Quién me manda no pensar
dia y noche más que en él!...
(Volviendo á ocuparse en el aderezo.)

CONDE. (Bajo á Pozo.)

Qué tal? Mi plan va saliendo
como te lo dije. Ves?

POZO. Prefiero vivir tranquilo,
y mientras no haya por qué,
hacer á cuanto me digan
orejas de mercader.

CONDE. Mientras de orejas no pasen...

POZO. Otra metáfora?... Bien!

ESCENA III.

DICHOS, MENDOZA.

MEND. (*Sale azorado.*)
Pido á ustedes mil perdones
por entrar sin anunciarme.
¿No ha venido por aquí
el Baron?... Creí encontrarle...

TODOS. No.

COND. No ha parecido.

CONDE. Ocurre
algo?

MEND. Una cosa muy grave.

COND. Qué?

MEND. *La Nina* ha desertado.

LUZ. La cantarina?

MEND. Llevándose
cuanto en la casa tenia;
sillas y mesas y trajes...
en fin, hasta las esteras.
Y, para que nada falte,
á vivir cerca del Rastro
huyó con su nuevo amante.

CONDE. Qué inocencia, eh?

MEND. Sí señor.
Pero el caso es que ese lance
le ha hecho al Baron un efecto!...
No le hallo en ninguna parte.

COND. Pobre primo!

MEND. «Nina!... muebles!...
Florencio!...» No hay quien le saque
de ahí... y como ya no está

para hacer habilidades...

COND. Pues corra usted. Es preciso
á toda costa buscarle.

MEND. Correr? Si no hago otra cosa
desde que supe el percance.

CRIADO. (Anunciando.) El señor Baron del Rio.

MEND. Vamos: ya no hay que apurarse.

ESCENA IV.

DICHOS, el BARON, con la peluca mal puesta, consternado, sin color ni blanquete, con un ramo marchito en la mano; se adelanta como un demente que no sabe donde se halla, y mirándolos á todos en silencio. El CONDE y MENDOZA le toman las manos y se las estrechan, compadecidos de su estado.

MEND. Es preciso, amigo mio,
que eso se vaya olvidando.
(El Baron, á quien obligan á que se siente, levanta, sin poder hablar, las manos al cielo poniendole por testigo de lo que le acaba de suceder.)

CONDE. Hay que tomar esas cosas
como merecen. Qué diablo!...

COND. Vas á comer con nosotros.
Te distraeremos.

CONDE. Es claro.

BARON. Ni una silla! Y con Florencio
mi Nina, vive en el Rastro!...
Ay! sobre la chimenea,
por todo mueble, este ramo,
que le ha servido de escoba,
es solo lo que han dejado!
Nina es!... no encuentro ahora
palabra...

MEND. (Yo sí... y la callo.)

BARON. Á vivir á una guardilla
con Florencio!... Y no le mato?...
Si voy á allá... (Se levanta furioso.)

MEND. Bien, corriente;
(Entre él y el Conde le sujetan, obligándole á sentarse de nuevo.)
yo iré contigo á matarlo.

BARON. Cuando entré estaban los dos
comiendo en un mismo plato,
en una mesa de pino,
sin manteles y sin vasos,
y... no sé qué iba á decir...
Florencio!... Voy y le mato!...

CONDE. Quién duda? (Conteniéndole otra vez.)

MEND. Ya nos has dicho...

BARON. (Sin saber lo que dice, con fiereza.)
Sí; ya he dicho... y cuándo?... cuándo?...

MEND. Muy gastada está esa máquina
para el golpe que ha llevado!

BARON. (Repite maquinalmente.)
La máquina muy gastada...
Qué cantante!... qué soprano!...
(Se le llevan por la izquierda. La Condesa les sigue hasta la puerta, volviéndose al foro.)

MEND. Oh! Qué pérdida hace el arte!...

COND. La industria, en cambio, qué hallazgo!...

POZO. (Deteniendo á Mendoza.)
Perdone usted un momento,
señor de Mendoza.

LUZ. (Ap.) (Ah!)

MEND. (Malo!
Ya pareció aquello!) (Ap.)

POZO. (Buscando en su cartera.) Aquí
he de tener un encargo
hace dos dias.

MEND. (Mira á Luz, que se apoya pálida y trémula en la mesa.)
(Ah!)

POZO. Sí;
pero, como han sido tantos
los enredos de estos dias,
y usted no se ha presentado...

MEND. Y se trata?...

POZO. (Bajando la voz y sacando la carta.)
De esta carta.

LUZ. (Soy perdida!) (Ap.)

POZO. Que en el cuarto
de mi mujer, en la cómoda,
y con sobre á usted, he hallado.

MEND. Pues ya que usted sabe...
POZO. Bah!
En cuanto la cogí, al tacto
(Tentando la carta.)
conocí que eran billetes
de ese concierto endiablado,
con que está, á cuantos conoce,
mi mujer bombardeando.
MEND. (Respiro!)
POZO. Guárdela usted,
(Deslizándosela con disimulo.)
y diga que no ha llegado
á su poder. De ese modo
se ahorra usted unos cuartos.
Guárdesela usted, que mira!
(Va hácia el foro.)
MEND. Sí... (Estupefacto, siguiéndole con la vista.)
LUZ. (Quitándole con viveza la carta.)
(Me salvé! no hay cuidado
que yo vuelva...) (Ap.)
MEND. Y yo?... Despues
de hacer en el Campo Santo (Bajo á ella.)
centinela, y de ir á Atocha,
y de haberme derrengado
corriendo... me quedo *in-albis*?...
LUZ. Y dé gracias!... (Mirándole con dignidad.)
MEND. *Obligato*!
(Luz va á abrazar tiernamente á su marido, que ha vuelto á la izquierda del proscenio.)

ESCENA V.

DICHOS, RICARDO, el CONDE, despues BLANCA.

CRIADO. (Anunciando.) El señor Floralba..
CONDE. (Que sale en este momento.) Inquieto
me tenia usted, amigo.
RIC. Perdone usted; que arreglar
algun negocio he tenido
antes de mi marcha...
CONDE. (Movimiento de sorpresa.) Cómo!
RIC. De Madrid salgo á las cinco.

CONDE. Dentro de una hora!
RIC. Sí.
CONDE. No comprendo, amigo mio...
(Llevándosele al proscenio, en tanto que los demas se dirigen sorprendidos al foro.)
Despues de la explicacion
que en este sitio tuvimos,
y cuando esta misma tarde
estaba yo decidido
á hablar á Blanca?...
RIC. Mejor,
si usted quiere permitirlo,
seria que aquí un momento
pudiera hablarla yo mismo.
CONDE. Por eso no ha de quedar.
Serán, acaso, celillos?...
(Aparece Blanca por la derecha.)
Ella viene: hablen ustedes.
Ven, Blanca, que yo autorizo
al señor para que tenga
(Á Blanca, que se acerca.)
una explicacion...
BLANCA. Conmigo?
CONDE. Sí.
(Se dirige al foro á hablar con Pozo y las dos señoras, sentadas á la chimenea.)
BLANCA. (Á Ricardo, que permanece con ella á la derecha del proscenio.)
Vamos á ver qué tiene
que decirme Ricardito.
RIC. (Despues de asegurarse de que nadie le oye.)
Que yo en casa de don Cárlos
entraba ayer, en el mismo
instante en que usted salia.
BLANCA. Bien: ¿y qué? (Con ingenuidad.)
RIC. (Sorprendido de su calma.)
Qué?...
BLANCA. Sí; eso he dicho.
Supongo, que para hablarme
de eso, no habrá usted venido...
RIC. De eso solo!
BLANCA. Y nada más?

RIC. No es suficiente motivo,
(Asombrado de su modo de responder.)
haber ido usted á casa
de ese hombre?...

BLANCA. Usted ha creido
que no era muy conveniente?...
Con efecto; pero amigo
la culpa no ha sido mia.
Por un criado recibo
recado de que esperándome
estaba Luz, yo le sigo:
subo y encuentro á don Cárlos,
(en su casa por lo visto)
y allí aguardando á mi amiga
que debió de haber salido
por otra puerta... (Deteniéndose.) Por qué
de ese modo, así, tan fijo,
tan raro me mira usted?

RIC. Por qué?... que por qué la miro
á usted?... ah! no sé en verdad...

BLANCA. Qué?

RIC. Nada.

BLANCA. Pues como digo,
hablando allí con don Cárlos...
no puedo decir de fijo
cuanto tiempo, pero fué
largo rato el que estuvimos...

RIC. Y en esa conversacion?...

BLANCA. Es un hombre tan cumplido!...
Pero no debe tener
de todo cabal el juicio;
porque decia unas cosas
tan raras!... Yo no he entendido,
acá para entre los dos,
la mitad de lo que dijo.
Verdad, que tiene talento?
Verdad?

RIC. Oh! sí, sí: muchísimo...
¿Y qué más?

BLANCA. Despues me fuí,
ó más bien, me obligó él mismo
á que me marchase.

RIC. Cómo?
BLANCA. No lo sé; por eso digo
que debe de estar un poco
trastornado...
RIC. (Mirándola sin saber qué pensar.)
Pero él hizo
que usted se marchara?
BLANCA. Oh! sí;
y estaba tan conmovido
al despedirse... Si usted
como yo le hubiera visto!...
Dos lágrimas en sus ojos
brillar ví, cuando me dijo
¡hija mia! cuál si el triste
tener hubiera querido
una, á quien dar ese nombre,
en quien poner su cariño!
RIC. Y esa ha sido la impresion
conque usted de allí ha salido?
BLANCA. Y no es la verdad?
RIC. (Conmovido, tomándole las manos.)
Ah! sí!
Verdad cuanto usted ha dicho.
No puede un alma tan cándida
dar al fingimiento abrigo!
CONDE. (En el foro, levantándose.)
Se me figura que empiezan
á entenderse ya esos chicos.
RIC. Sí, Blanca hermosa!...
BLANCA. Dejando
reservas para conmigo,
y á riesgo de que se rian
de nosotros, ahora exijo
que me diga usted, qué habia
creido cuando aquí vino.
RIC. Yo?... nada.
BLANCA. Eso no me gusta:
si yo hubiera hecho lo mismo,
en vez de contarle todo...
RIC. Bien: pues prometo decirlo...
BLANCA. Cuándo?
RIC. Así que de esa boca

consagre un *sí* apetecido
el amor en que me abraso.

BLANCA. Y si un *no* en decir me obstino?

RIC. Me moriré de dolor!...

BLANCA. Pues entónces, que si, digo.

RIC. Ah! Blanca! por esa dicha
cuánto tiempo há que suspiro!...

CONDE. Es preciso separarlos.
(Acercándose á separarlos.)
Hemos acabado, niños?

CRIADO. (Que sale.) Un caballero, que ya
esta mañana ha venido,
desea ver al señor.

CONDE. Mal momento. No le has dicho
que ahora vamos á comer?

CRIADO. Á pesar de eso ha insistido;
y como aquí varias veces
de visita le hemos visto.

COND. Quién?...

CRIADO. Don Cárlos de Toledo.

COND. Aquí!

CRIADO. Por el señorito
don Ricardo ha preguntado
ademas...

CONDE. Pues es preciso
hallar medio de impedir...

RIC. Al contrario, amigo mio:
yo deseo hablar con él.

COND. Usted!..! (Sorprendido.)

RIC. Quizá he procedido
con sobrada ligereza.
Si usted quiere permitirlo,
tener una explicacion,
con el solo, necesito...
(El Conde hace una seña de asentimiento, aunque con extrañeza.)
Por si fuere menester
llamar á usted en mi auxilio, (Á Blanca.)
consiente usted en pasar
al gabinete contiguo? (El de la derecha.)

BLANCA. Voy allá.

COND. Pero no entiendo...

RIC. Dentro de poco, confio
que todo lo entenderá.
COND. Dios lo quiera. Me retiro.
(Vánse la Condesa y Luz.)
Que pase ese caballero. (Al Criado, que se va.)
Hoy no se come!... está visto.
(Váse, siguiendo á las señoras.)

ESCENA VI.

RICARDO, D. CÁRLOS.

CARLOS. Perdone usted... aquí solo
encontrarle no esperaba...
(Se detiene sorprendido de hallarle solo, y haciendo ademan de marcharse.)
RIC. Cuando á mí, por el contrario,
que así suceda me agrada.
CARLOS. Yo creia la presencia
del Conde aquí necesaria...
Temo mucho, lo confieso,
que usted no escuche aun con calma
lo que tengo que decír...
RIC. De la violencia pasada, (Con dulzura.)
que deploro, ya no queda
vestigio.—Con confianza,
(Le acerca una silla y le toma el sombrero colocándolo sobre un mueble; en seguida se sienta á su lado.)
hable usted; yo se lo ruego.
CARLOS. Despues de la desdichada
escena, que á la contienda
entre nosotros dió causa,
he pensado que los dos
tenemos, en cuanto pasa,
una gran falta que echarnos
respecto á una dama en cara.
Preocupados, acaso
harto en nuestra propia fama,
no hemos pensado siquiera
en lo que á ella interesaba.
Cuando yo, que era inocente,
juré, bajo mi palabra,
y usted se negó á creerme...

á mí solo me injuriaba;
pero dejar que á sus ojos
pase una niña tan cándida
ó por víctima, ó por cómplice
de una vergonzosa trama,
fuera el más vil de los hombres
quien cometiera esa infamia...

RIC. Es que yo...

CARLOS. (Con prontitud y en tono suplicante.)
Permita usted
que diga lo que me falta.
Me parece que al sistema
de misterio y suspicacia
debemos sustituir
otra conducta mas franca.

RIC. Oh! sí...

CARLOS. Esa sola intencion
me ha traido hoy á esta casa,
y... el valor... de ver á usted
me ha dado antes de su marcha.
Delante de todo el mundo
su inocencia proclamada,
probaré que el claro sol
en pureza no la iguala.

RIC. Es inútil. Há un momento,
aquí en esta misma estancia,
lo que usted hacer desea
acaba de hacerlo Blanca.

CARLOS. Cómo!... ella misma ha contado?...

RIC. Cuanto á comprender alcanza...
el resto, lo adiviné...

CARLOS. Es cuanto yo deseaba!
Con que usted no duda ya?...

RIC. Si alguna duda abrigara,
le ofreceria mi mano?...

CARLOS. (Con viveza.)
Y ella consiente?... Le ama
á usted?...

RIC. Así lo he creido...

CARLOS. (Con calor y efusion.)
Cuánta es mi alegria! Cuánta!...

RIC. Por la parte que usted toma

en mi dicha le doy gracias. (Sorprendido.)

CARLOS. (Conteniendo su emocion.)
Sí, sí; la tomo, y muy grande!...
Y pues no me queda nada
que hacer aquí... me retiro.

RIC. Oh! no; no señor, aun falta...

CARLOS. No sé.

RIC. De esa señorita
la inocencia acrisolada,
prueba cuán injusto fuí...

CARLOS. Oh! ya de mí no se trata.

RIC. (Deteniéndole.)
Sí; de usted, á quien perdon
me resta pedir...

CARLOS. (Estrechándole las manos.)
Ah! basta!...
basta, por Dios!

RIC. Y si exige
usted que le satisfaga
en presencia de testigos?...

CARLOS. (Mirándole, sin soltarle las manos y tratando de dominar su emocion.)
Estoy satisfecho; gracias.
Sea usted, cual lo merece,
dichoso, pues le depara
el cielo una esposa digna
en la mujer á quien ama.
Ah! sí; por la buena puerta
teniendo en la vida entrada,
no sentirá... como algunos,
esa soledad que mata,
esa tristeza, ese hastio...
otra cosa aun mas amarga:
la terrible expiacion
de su conducta pasada,
cuando el arrepentimiento
no es bastante ya á enmendarla.
No sentirá, como yo,
quizá otra mayor desgracia!...

RIC. Cómo?...

CARLOS. (Muy conmovido.) Acaso en este instante
acaricio una esperanza,

que estan tocando mis manos...
más quimérica insensata!...

RIC. Quién sabe?... (Con interés.)

CARLOS No: á mi desdicha
ninguna desdicha iguala!...
Y lo que solo ambiciono,
esa ventura tan alta,
en poder decir á un hijo:
«Soy tu padre!» está cifrada.

RIC. Y quién estorbarle puede?...

CARLOS. Pronunciar esas palabras
á un padre?... Usted mismo.

RIC. Yo?...

CARLOS. Sí, que cuando yo pensaba
en mis brazos estrecharle,
se alzó una imágen airada
entre los dos, que mi mano
con desprecio rechazaba...
Y esa imágen... era usted!...

RIC. Oh!... pero en él fuera extraña
esa crueldad...

CARLOS. Que usted
mismo, sin la menor causa...

RIC. Es que entonces, á quien iba
á dar mi mano ignoraba...
Hoy al ver el sentimiento
que ese semblante retrata,
¿quién de su sinceridad
al oir á usted dudara?

CARLOS. (Con desaliento.)
Ah! no espero, sin embargo...

RIC. Pero ha intentado usted?...

CARLOS. Nada.

RIC. (Con viveza.)
Quiere usted que yo le ayude?...

CARLOS. (Lo mismo.)
Que si quiero?... Esas palabras
vuelven á mi corazon
la ya perdida esperanza!...

RIC. No dude usted, y pues ve
la impresion que á mí me causa...
á mí, á quien nada interesa...

¿no ha de hallar eco en el alma
de un hijo?...

CARLOS. Tan generoso
fuera usted si, por desgracia,
se tratase de persona
que de cerca le tocara?

RIC. (Con viveza.)
Razon de más...

CARLOS. Aunque fuera
la persona, tan amada,
como lo es... ¿quién diré yo?
(Con resolucion.)
Como, por ejemplo, Blanca?

RIC. Blanca?...

CARLOS. Pues bien: supongamos
que de Blanca se tratara?...

RIC. Pero, es ella?...

CARLOS. Y si lo fuera?

RIC. (Cuando hija suya al llamarla,
ella misma me ha contado
que le vió derramar lágrimas!...
Es ella!) Blanca es la hija
de que usted há poco hablaba.

CARLOS. Y si así fuera, en efecto,
la misma indulgencia hallara
en usted?...

RIC. Yo... la sorpresa...

CARLOS. (Asustado.) Me abandona usted?

RIC. Y Blanca
sabe ya?...

CARLOS. Nada.

RIC. Difícil
empresa es el confiarla...

CARLOS. No lo he intentado. Ni de ella
depende ya mi esperanza.
En usted... solo en usted
consiste que yo halle gracia.

RIC. En mí?

CARLOS. En usted, si abogado
consiente ser de mi causa.
Ella á escuchar amorosa
se prestará su palabra...

RIC. Pero...
CARLOS. De la dicha en medio
que hoy el cielo le depara,
á un sentimiento piadoso
no dará ese pecho entrada?
Pensar no querrá en que un padre
con el alma acongojada,
envidioso de esa dicha.
llora triste al contemplarla?...
Lugar entre el venturoso
marido y la esposa amada,
no habrá para el desdichado
padre, que así lo demanda?...
Tal crueldad no es posible
en quien tiene tan buena alma!
Á usted deberé...
RIC. Yo no
puedo responder... (Estrechándole la mano.)
CARLOS. Quién?
RIC. (Se dirige al gabinete donde entró Blanca.)
Blanca.
CARLOS. Cómo? (Inquieto.)
RIC. Seré el abogado
yo y ella el juez de la causa.
(Abre la puerta y se asoma á llamarla.)
Quiere usted venir, Blanquita?

ESCENA VII.

DICHOS, BLANCA.

BLANCA. Veamos: de qué se trata?
RIC. De una buena accion.
BLANCA. Oh! bien.
RIC. Qué pensaria usted, Blanca,
de un padre, que cruelmente
á su hijo abandonara?
diga usted...
BLANCA. Ah! no es posible
que haya padres que tal hagan!
CARLOS. Sí!... sí los hay!... (Dolorosamente.)
RIC. Y si usted

hija fuese, por desgracia,
de uno de esos malos padres,
que al nacer, abandonada
la hubiera dejado?...

BLANCA. (Con resolucion.) Yo?...
Hasta hallarle le buscara,
y para obligarle á amarme
besará humilde sus plantas!

CARLOS. (Ah! corazon de mujer!)

RIC. Valor!
(Bajo á D. Cárlos; apretándole la mano gozoso, por detrás de Blanca.)
(Alto.) Conque si llegara
arrepentido, implorando
en sus brazos estrecharla
á usted?...

BLANCA. Y eso se pregunta?...

RIC. (Todo va bien!) (Lo mismo á D. Cárlos.)

CARLOS. No: que aun falta
más que decir.

RIC. (Inquieto.) Más aun?

CARLOS. Sí, sí; que no ignore nada.
(Colocándose entre los dos.)
No tan solo fué culpable
cuando así á la prenda cara
de su amor, al abandono,
al olvido relegaba...
¡Ay! fué más cruel aun
con la madre desdichada!

RIC. Ah!

CARLOS. Sí; preciso es que sepa
que, cobarde, la dejaba
cuando su presencia acaso
era allí más necesaria,
cuando á su lado, el deber
á ampararla le llamaba.

BLANCA. Tal maldad!

RIC. Y eso hizo?...

CARLOS. Sí.
(Muy conmovido y pudiendo hablar apenas.)
Ahora... la que perdonaba
por la hija, igual perdon (Á Blanca.)

por la madre le otorgara?...
BLANCA. No vive?
(Cárlos, que no puede responder, indica que sí por una dolorosa demostracion.)
RIC. (Como la mia!)
BLANCA. Ni volvió la desdichada
á verle jamás?
CARLOS. Jamás!
BLANCA. Oh! tanta maldad me pasma!
CARLOS. Estoy juzgado! (Queriendo marcharse.)
RIC. (Deteniéndole.) (Un momento.)
Ah! si usted supiera, Blanca,
(Con calor á Blanca.)
qué cambio tan radical
de verificarse acaba
en ese hombre...
CARLOS. (Gozoso apretándole la mano.)
(Oh! Siga usted...)
RIC. Culpable le apellidara.
BLANCA. Sin duda fué muy culpable...
RIC. Pero no perverso.
CARLOS. (Qué alma!...)
RIC. Y le abriria sus brazos,
como yo lo haria...
CARLOS. (Oh! Gracias!)
RIC. Yo... que nunca olvidaré
de mi madre las palabras
al morir!... «Perdona, dijo.
»perdona, y si de venganza,
»por lo que sufrir me viste,
»el pensamiento te asalta,
»recuerda al fin que es...
CARLOS. (Abriéndole los brazos.) Tu padre!!
RIC. Mi padre!!
(Le mira, comprende, y se arroja en sus brazos.)

ESCENA VIII.

DICHOS, el CONDE, D. JUAN DEL POZO, D. DIEGO, la CONDESA, LUZ, LUISA, despues el BARON y MENDOZA.

COND. Qué es lo que pasa

aquí?

CARLOS. (Gozoso.) Que es mi hijo querido...
cuya existencia ignoraba!...

TODOS. Su hijo!... Cómo!

CARLOS. Este, sí;
ya de mí no se separa!

COND. (Vamos, ahora me explico...) (Ap.)
Ven y cuéntanos tú, Blanca.

CARLOS. No... los dos aquí... en mis brazos!
(Abrazándolos á ambos.)
Son mis dos hijos del alma!...
nadie pretenda quitármelos.

BLANCA. Conque de usted se trataba?...

CARLOS. Sí, ángel mio, era de mí,

BLANCA. Y por qué ocultarnos?...

BARON. Brava!
Conque te ha salido un hijo?

CARLOS. Sí... mira... mira...

BARON. Es alhaja!

MEND. Hombre, y ya criado y todo!
Un hijo así es una ganga.

BARON. Yo quiero uno. Aun tengo tiempo...
Y tú?

MEND. No me desagrada.

CONDE. Quieren ustedes oir,
y valga por lo que valga,
mi opinion? En estas cosas
nunca se encuentran palabras
que expliquen lo que se siente...
Y pues la comida aguarda...
(Todos se disponen á ir al comedor.)

COND. Advierto que las mujeres
hoy van á estar colocadas
al lado de sus maridos.

DIEGO. Medida muy acertada!
Yo doy el brazo á la mia,
puesto que así me lo mandan.

CONDE. No me parece tan tímido?... (Ap. á Luisa.)

LUISA. Ya de atrevido se pasa.
(Ap. á la Condesa, bajando los ojos.)

LUZ. Dame tu brazo, querido.
(Á su marido, mirando desdeñosamente á Mendoza.)

CARLOS. Yo á mis dos hijos del alma!
COND. Y ustedes...
MEND. Está entendido;
aquí ya no hacemos falta?...
COND. Yo no he dicho...
MEND. Ciertamente;
pero la indirecta es clara.
(Al Baron.)
Dame el brazo y emprendamos
una honrosa retirada,
BARON. Los veteranos de amor
por eso no se acobardan.
Vámonos: de ilustracion
es imposible esta casa!

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 2 de Diciembre de 1867.

El Censor de Teatros,
NARCISO S. SERRA.

